



ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 8 — Madrid 15 de Marzo de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Tres meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Los grabados*. — *San Juan de Dios* (continuación), por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. — *A la Virgen Santísima en su tercer dolor* (poesía), por el duque de Almenara-Alta. — *¡Chist..!* (continuación), por Luis Coloma S. J. — *Ethnografía* (continuación). — *Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo. — *Revista científica*. — *Miscelánea*. — *Advertencias*.
GRABADOS. — *Excmo. Sr. D. José Marconell, duque de Almenara-Alta*. — *Excmo. Sr. Duque de Pastrana y Marqués de Cenete*. — *Vista de la iglesia de San Miguel de Escalada*. — *Pescadores de la costa de Normandía*. — *Mapa demostrativo de las abreviaciones del canal de Panamá*.

LA DECENA

EL Carnaval ha venido muy á menos. Ya ni siquiera excita la curiosidad de los niños en grado superior á un espectáculo de polichinelas ó á una visita á la Casa de fieras del Retiro.

La gente acude á Recoletos y al Salón del Prado en los tres días de Carnestolendas por la tradicional costumbre de ir *adonde va la gente*; no por divertirse contemplando media docena de máscaras ridículamente vestidas y cuya ingeniosa travesura se reduce á hacer contorsiones dignas de la familia cuadrumana, á tocar trompetas, tamboriles ó cencerros, á dar gritos y aullidos desahogados y á escudriñar, entre los concurrentes al paseo, algún conocido, para acercarse á él agitando los brazos y darle la consabida *broma*. Esta broma consiste en manosear á la persona de pies á cabeza, golpearle en los hombros con el puño, acercar la boca á su oído, y lanzar con voz lo más aguda y estridente posible este ó parecido ingenioso chiste: *¡Te conozco! ¡te conozco!*

Y al ver que el interpelado no parece admirarse de que le conozcan cuando lleva su cara descubierta, el máscara añade un poco de sal y pimienta á su gracejo fiambre y le grita, siempre en falsete alcoholizado: *No me conoces! ¡no me conoces!*

Esta escena y estas frases se repiten tantas veces cuantos son los encuentros de cada enmascarado con alguna persona de su conocimiento. Por eso no se oye otra cosa en calles y paseos, durante las fiestas de Carnaval, que ese *¡te conozco!* repetido al unísono por todas las máscaras como si obedecieran á una consigna.

Tal debía sonar á los oídos del pueblo romano el monótono *¡Io, Bacche!* con que atronaban las calles de la ciudad las desenfrenadas bacantes, corriendo medio desnudas, coronadas de pámpanos, armadas de tirso y antorchas y acompañadas de una turba ebria de vino y de

entusiasmo que hacía sonar toda clase de instrumentos desafinados é insoportables.

Aunque se resienta nuestro amor propio, hemos de reconocer que los extravagantes desahogos de los pueblos cristianos en la época de Carnaval no son más ni menos que reminiscencias algo borrosas de las fiestas del paganismo; restos de las bacanales saturnales y lupercales, arrojados por el naufragio de la civilización idólatra á las playas de la civilización católica.

La verdad es que el afán de disfrazarse, de cubrir el rostro con la careta, de hacer alarde de impúdica desenvoltura, de entregarse á movimientos frenéticos y á turbulentas demostraciones, se encuentra lo mismo en los pueblos bárbaros de la antigüedad que en los tiempos modernos. El Carnaval es verdaderamente cosmopolita, variando sólo en sus formas de manifestación.

Expansivo, ligero y licencioso en Francia; ardiente, entusiasta y fragoroso en Italia; insulso, desgarrado y vulgarote en España; monótono y frío en Rusia; espetado y semilúgubre en Inglaterra; sensual y grosero en Alemania: en todos los países y en todas las épocas se han celebrado estas fiestas que degeneran comunmente en vergonzosos desórdenes y que tienen algo de depresivas para la dignidad humana.

Poco importa el nombre. Carnaval era la fiesta del buey Apis entre los egipcios; Carnaval la fiesta de los *Phurim* entre los judíos, para celebrar la caída de Amán; Carnaval las bacanales griegas, las saturnales romanas, las fiestas de Cibeles, la fiesta de los locos ó de los inocentes en la Edad media.

El Cristianismo abrió un paréntesis de reposo en las mascaradas paganas, pero no tardaron en reaparecer bajo otra forma, y se han conservado hasta nuestros días, á pesar de las severas censuras de los Padres de la Iglesia. Tertuliano, San Cipriano, San Clemente de Alejandría, San Juan Crisóstomo, condenaron con ardiente celo los bailes desenfrenados, los regocijos inmorales y el descarado libertinaje autorizados por la careta. El papa Inocencio III promulgó sobre el mismo asunto diferentes decretales; los Concilios mismos intervinieron en él con su autoridad omnimoda... Sin embargo, las farsas carnalescas han prevalecido, y aunque han entrado en un período de universal decadencia, queda de ellas lo bastante para vergüenza de una sociedad culta, como pretende ser la nuestra.

Algo hemos adelantado con que la duración de esas fiestas, que marcan una especie de histerismo de la humanidad, se haya limitado á unos pocos días; porque bueno es recordar que entre los antiguos cristianos el Carnaval empezaba el 25 de Diciembre y comprendía las fiestas de Navidad, Circuncisión y Epifanía, que era el mismo período de tiempo que abrazaba el Carnaval en los países de Occidente, de donde le tomaron los cristianos, conservando, ya que no todas sus asquerosas tradiciones, la época y la duración de las mascaradas.

Lo que no se hubieran atrevido á hacer seguramente los primeros cristianos es lo que hacemos nosotros, los cristianos modernos: tolerar las locuras de Carnaval en pleno *miércoles de Ceniza*.

No pudo, en verdad, figurarse el gran San Gregorio al instituir la severa ceremonia de imponer la ceniza á los fieles cristianos, en señal de humildad y como pena de abati-



EXCMO. SR. D. JOSÉ MARCONELL, DUQUE DE ALMENARA-ALTA.
Socio fundador y presidente que fué de la Juventud Católica de Madrid.

miento á la soberbia humana, que andando los tiempos, el polvo sagrado depositado por la mañana sobre la cabeza de un creyente, sería barrido durante la tarde por el soplo avinado y el aliento aguardentoso de una inmunda cuadrilla de mamarachos enmascarados que celebran el entierro de la sardina.

El espectáculo es digno del asunto, de la época, de los actores y del público que acude á la representación.

Por lo demás, no me explico por qué la mayor parte de los personajes que desempeñan papel en esa mogiganga se presentan con el rostro cubierto por una máscara, como los antiguos cómicos de Grecia. ¿Qué objeto puede tener la careta cuando el que la lleva no tiene reparo en que le conozcan?

Los que en realidad deberían ocultar el rostro bajo un pedazo de tafetán ó de cartulina son los que concurren como espectadores á esa grosera diversión. Así no se verían expuestos á la burla de las gentes sensatas si, por casualidad, se les cayese la cara de vergüenza.

**

Aun cuando, como he dicho, ha pasado de moda el Carnaval y, por consiguiente, las bromas, todavía hay gentes apegadas á las tradiciones, que gustan de embromar al público en esta época del año. Y para mejor disimular la travesura, procuran adelantarse á los días marcados en el calendario para hacer extravagancias.

El público, que es de suyo bonachón é impresionable, se deja sorprender casi siempre por estos ingeniosos humoristas, toma la cosa por lo serio, la discute, la aplaude ó la censura, y no tolera que se le demuestre *a posteriori* que todo ello ha sido una broma de Carnaval.

Esto es, según mis noticias reservadas, lo que ha ocurrido con la última obra dramática estrenada en el teatro Español seis ú ocho días antes del entierro de la sardina.

¿Cómo se había de figurar el autor, en quien todos reconocemos un talento excepcional, que el público, al llegar á las primeras escenas del acto segundo, no había de conocer que se trataba de una broma inocente?

De mala raza se titula la última producción del Sr. Echegaray, y en efecto, sería una obra de muy mala raza si se la considerase como algo más que un arranque humorístico del autor.

Si éste se hubiera propuesto hacer una cosa seria, la hubiera hecho; que aptitudes y condiciones tiene para ello, como ha demostrado en más de una ocasión.

Habría, en tal caso, escogido un asunto menos manoseado en dramas y folletines que el que desarrolla en esa serie de actos y de escenas.

Habría estudiado, como él sabe hacerlo, la manera de dar interés á la acción, deduciendo de ésta las situaciones dramáticas en vez de crear primero situaciones de pie forzado para acomodar á ellas las escenas que las sirven de excipiente.

Habría elevado al cubo, si hubiera querido, los caracteres de sus personajes, y extraído la raíz cúbica del convencionalismo que se desarrolla y va creciendo en toda la obra en razón inversa del cuadro de las conveniencias artísticas.

Habría puesto menos esmero en desfigurar la belleza de su prosa; que él sabe hacerla tan buena, que se confunde con la de cualquier académico. Así y todo hay críticos serios, y por ende refractarios á toda especie de bromas, que por no reconocer el mérito del Sr. Echegaray en disfrazar la natural elegancia de su estilo, afirman que la prosa de su drama *De mala raza* es la más correcta, la más pura, la más castiza y la más hermosa que se ha oído en el teatro. ¡Qué intolerancia!

Cada día siento más no haber sentado plaza de crítico; que en tal caso, tendría hoy derecho á salir á la defensa del Sr. Echegaray con autoridad propia y con la cara descubierta, no vergonzantemente, para vindicarlo del solapado agravio que se infiere á su reputación literaria, aparentando tomar en serio lo que, en los propósitos del eminente dramaturgo, no ha pasado de una sencilla broma de Carnaval.

**

Cosa de Carnaval y también cosa de broma es una costumbre que va generalizándose en Madrid de pocos años á esta parte y sobre la cual conviene llamar la atención de los padres de familia.

Me refiero á los bailes públicos de niños, diversión que no he de juzgar bajo su aspecto moral por no atraerme la antipatía de las mamás, sino puramente bajo el punto de vista de la higiene y de la salud de las inocentes criaturas que, no van, sino que son llevadas á ese espectáculo.

No puede negarse que una reunión de niños de ambos sexos, hermosos, vivarachos, ataviados con el mayor gusto, reflejando la más pura alegría en sus angelicales rostros, agitando en una atmósfera de luz, de perfumes, de calor y de armonía, es un espectáculo encantador, no sólo para los héroes de la fiesta, sino para sus familias y aun para las personas ajenas á los goces de la paternidad.

Por mi parte, confieso que no me cansaría de asistir á esos bailes infantiles, y me guardaría muy bien de censurarlos, si no viera en ellos un grave peligro para los mismos niños en cuyo obsequio se disponen.

Por mucho celo y cuidado que desplieguen los encargados de su vigilancia, no puede evitarse que las tiernas criaturas, ya algo cohibidas en sus movimientos por caprichosos trajes que no son los de su uso diario, se fatiguen, suden y se sofoquen durante tres ó cuatro horas, en un local relativamente reducido para el gran número de personas que le ocupan.

No puede impedirse, cuando la sed los atormenta, que beban agua fría; es muy difícil evitar que tomen dulces cuando son muchas las personas que se los ofrecen; no hay fuerza de voluntad para arrancarles de una diversión que los entusiasma, á fin de que descansen y se refresquen, y por último, no hay precaución que baste para garantizarlos de los efectos del aire atmosférico, todavía muy frío en esta época del año, al salir del teatro, en un estado casi febril y de anormal excitación del cerebro.

Las satisfacciones y los goces que se proporciona á los niños con este género de espectáculos, no compensan los riesgos á que se les expone y tal vez las lágrimas que cuestan, andando el tiempo, á sus familias.

**

Cuando estos párrafos lleguen á manos de mis lectores, se habrá consumado en el teatro de la Zarzuela el sacrificio de los abonados á las audiciones de la Patti.

No quiero decir con esto que los concurrentes hayan sido materialmente sacrificados en el altar de la *diva*, como se sacrificaban corderos y reses de mayor corpulencia en aras de los dioses del paganismo. ¡No faltaba más! El sacrificio ha sido simplemente pecuniario.

Pero convengamos en que el sacrificio es, por su magnitud, digno de los honores de la hecatombe. Los *paganos* habrán quedado satisfechos al saber que han sacado de su bolsillo próximamente tantos reales de plata como notas argentinas ha sacado de su garganta la eminente artista.

Ya veremos lo que nos cuentan de esa solemnidad lírica los aficionados que tienen la fortuna de ser al propio tiempo capitalistas.

**

De otras noticias más baratas no quiero ocuparme, porque todas resultarían menesterosas y mal vestidas al lado de ésta.

Temporales en el continente, tan fuertes como los aplausos tributados á Adelina.

Lluvias, nieves y granizos, no de flores como las que derrama la nube de la admiración pública á los pies de la ilustre cantante, ¡pero buenos...! ¡pero buenos!

Naufragios en alta mar y en las costas, con acompañamiento, menos ensayado pero más conmovedor, de gritos de angustia y gemidos de agonía del coro de víctimas arrastradas por las olas.

Avenidas de los ríos, cuyo terrible *crescendo* hiela de espanto á los moradores de las comarcas que han sufrido en otras épocas los efectos de las inundaciones y no desean que se repitan.

Hundimiento de edificios; incendios de casas; puentes de hierro arrastrados por la corriente; epidemia de suicidios; una lotería internacional en proyecto... Todo esto y mucho más de que pudiera hablar en el presente artículo, sobre ser desagradable de contar y de oír, sólo serviría para fatigar inútilmente la atención del público con asuntos de poca cuantía y de escaso tamaño.

**

Conste que esta última frase no envuelve una intencionada alusión al *signor Tamagno* contratado por la empresa del teatro Real para cierto número de funciones. No solamente no es escaso de facultades este tenor, según afirman muchas personas que aun no le han oído, sino que merece ser colocado en la categoría de las eminencias contemporáneas, según confesión de la misma empresa.

A este cantante sí espero oírle, porque me figuro que *no subirá* tanto como la Patti.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



UANDO parecían perdidas las esperanzas de paz entre Servia y Bulgaria y los príncipes de ambos Estados se disponían á tomar de nuevo el mando de sus respectivos ejércitos, nos sorprende—si sorprende cabe en los asuntos de Oriente—con la noticia de haberse firmado el tratado de paz en Bucharest, concebido en los siguientes lacónicos términos:

«Artículo único. Se restablece la paz entre Servia y Bulgaria. La ratificación deberá llevarse á efecto en Bucharest, dentro del plazo de quince días.»

Han pasado días y días durante el armisticio sin poder llegar á un acuerdo, y de repente, como por encantamiento, convienen en la solución del conflicto en los términos más sencillos que pudiera imaginarse. Por supuesto, en este acuerdo queda el consabido cabo suelto, como en todos los tratados relativos á la cuestión de Oriente, porque bien claro se ve que esta cuestión será interminable, hasta el día en que desaparezca del mapa de Europa el Imperio de la media luna.

Y otra cosa se ve no menos clara en este tratado de paz, y es, que detrás de los pequeños Estados que pugnan por desasirse de Turquía y por robustecerse para lograr su completa independencia, están más ó menos ocultas las manos poderosas de las grandes potencias que manejan el tinglado, las cuales tratan de ir aplazando cuestiones peligrosas hasta que sue- ne la hora del reparto completo de Turquía.

¿Estará próxima ó remota aun esta hora solemne que ha de trastornar el mundo moderno, abriendo una nueva época en la historia universal?

Dios lo sabe; pero en cuanto los hombres podemos alcanzar de los designios de la Providencia, cabe pensar que esa hora no debe estar lejos, porque el estado sanitario de Europa, por decirlo así, acusa una crisis inminente y una gran reorganización social que nos salve de los cataclismos del espíritu moderno.

La cuestión de Roma, la cuestión social, la cuestión de Oriente, son otros tantos estímulos que han de provocar la solución de la crisis. La enfermedad no puede prolongarse mucho tiempo.

Gran factor en estas cuestiones es el Imperio alemán, el cual corre ya francamente á reconciliarse con el Papa, según se ve en el proyecto de ley político-eclesiástico que se está discutiendo en el Parlamento de Berlín. Claro está, y esto no quita importancia al hecho, que el Gobierno prusiano trata de cubrir su retirada con anfibiologías que repugnan á la Iglesia; pero el paso se ha dado y el *Kulturkampf* ha concluido. Por eso en la sesión del día 8 del corriente, al comenzar la discusión sobre el presupuesto del culto, el valeroso y anciano jefe del Centro católico, el Sr. Windthorst ha declarado que en vista de la presentación del nuevo proyecto eclesiástico, renunciaba á manifestar los temores que le inspiraba la suerte de los católicos alemanes.

Se ha entrado, al cabo de quince años, en el terreno de la paz. Todavía habrá que esperar nuevas contrariedades que retrasen el triunfo definitivo; pero la sabia conducta del Papa y los deseos de conciliación del Emperador acabarán de suavizar el camino que falta que recorrer hasta el Thabor de la Iglesia alemana.

Por hoy no decimos más, esperando el resultado de los debates del Parlamento de Berlín, para juzgar de las condiciones en que ha de firmarse la paz.

¡Quiera el Señor que satisfagan á la santidad de Leon XIII!

Hasta el indómito y como petrificado Imperio chino se levanta y viene á invocar la amistad del Papa.

Este hecho es gravísimo para Francia, que ha gozado hasta ahora del honroso privilegio de proteger las misiones católicas del extremo Oriente; pero es una consecuencia natural de la conducta de Francia, lanzada por completo á las últimas aventuras de la revolución. Así es que al saberse en París esta aproximación de China hacia el Vaticano, el Gobierno de la República ha hecho publicar una nota oficiosa en *Le Temps*, declarando con la mayor frescura lo siguiente:

«1.º Que el prestigio de Francia en China ha disminuido desde 1870, singularmente después de la campaña del Tonkín: «querer en tales circunstancias, se añade, conservar nuestros antiguos privilegios, y singularmente proteger á los que no quieren ser protegidos por nosotros, sería sacrificar demasiado á la vanidad.»

2.º Que nada se logrará con seguir representando el papel que hasta ahora ha representado Francia, como no sea comprometer no pocas veces el

pabellón y perjudicar los intereses comerciales y nacionales de los súbditos franceses que residen en el celeste imperio.

3.º Que es muy difícil proteger á los misioneros, aun á los franceses, y á las misiones en general, puesto que éstas sólo regulan su conducta por las órdenes que reciben del Vaticano, y en sus relaciones con los mandarines chinos para nada tienen en cuenta las instrucciones que les dan los agentes y cónsules de la República.

4.º Que los misioneros italianos, españoles y belgas hacen ya muy poco ó ningún caso de la protección de los cónsules y agentes de la república francesa, y que cuando tienen necesidad de formular alguna reclamación en materia grave, se dirigen casi siempre á los representantes de sus respectivas nacionalidades.

5.º Que si bien debe sufrir el amor propio de los franceses al ver á Italia, á España y á Austria sustituir á la república francesa como protectores de los misioneros, la presencia de un internuncio en Pekín hará callar todas las competencias y librará á Francia de gran número de dificultades.

6.º Que con esto se logrará que los agentes consulares de Francia estén más libres y sean más fuertes para ocuparse en la protección de los intereses comerciales é industriales, cuando tengan que ocuparse menos con los conflictos que se originen entre los mandarines y las misiones.

7.º Que si bien no pueden negarse los servicios que han prestado á Francia los misioneros franceses, la verdad es, se añade, que estos servicios han desaparecido y que sólo quedan las espinas que origina su protección.

8.º Que debe dejarse al Papa que envíe un internuncio á Pekín, y que se las entienda como pueda con el joven emperador y con la emperatriz regente, pues en esto no existe ningún peligro para Francia, sino todo lo contrario, grandes ventajas para sus intereses."

Las declaraciones del Gobierno francés están en carácter. ¿Qué le importa á él de la honra de su país y de los progresos de la civilización en el extremo Oriente, ante la ventaja egoísta de no preocuparse con los asuntos que le son antipáticos, como el de la protección á las misiones católicas?

Desde luego puede esperarse que el Papa, antes de resolver este asunto, lo pensará maduramente, y que su resolución está inspirada en el bien de los pueblos y en la mayor gloria de Dios y de su Iglesia.

El hecho, de todos modos, es importantísimo, y señala un nuevo rumbo en la política religiosa del Imperio chino.

La cuestión social sigue agravándose. Los desórdenes de Londres han puesto en agitación á los socialistas del mundo entero. Comencemos por Francia.

Todos los obreros ó jornaleros de las minas de Decazeville han abandonado los trabajos, y en presencia de la fuerza armada, formulan entre amenazas sus exigencias contra la compañía, los directores y los ingenieros, mientras la compañía se halla, al parecer, resuelta á no ceder. En París hay 150.000 pobres socorridos por las juntas municipales de asistencia pública, y otros 50.000 que carecen de todo recurso y de todo auxilio. Y en esta situación tan grave, y que se agrava por días y por momentos á causa de esas mismas huelgas, que aumentan la miseria del obrero y merman el capital de las compañías, la prensa intransigente y los diputados anarquistas hacían más y más combustibles, recorriendo los distritos mineros y excitando á los pobres de París.

«Temblad, propietarios, vienen á decir los periódicos socialistas, doscientos mil obreros sin trabajo os acechan.»

«Exigid á la compañía lo que pide vuestro bienestar y el de vuestras familias, y exigiédselo por la fuerza,» vienen á decir los diputados á los mineros de Decazeville.

Oigamos ahora el eco del socialismo norte-americano.

El *Standard* de Londres ha publicado el siguiente despacho de Nueva York, que nos parece terriblemente significativo:

«Las turbas de Londres han llenado de delicia (*have given much delight*) á los socialistas de aquí, que anuncian abiertamente que lo sucedido se reproducirá en América. Uno de los agitadores anarquistas ha declarado que desde hace algún tiempo están ya millares de hombres ejercitados regularmente (*are drilling regularly*) en la rebelión y en la guerra en las calles... El nihilista Most y el socialista Schwab, sobre todo, se distinguen por la violencia y claridad de su lenguaje.»

¿Qué más se quiere para comprender el estado

sanitario del mundo bajo la influencia maléfica del espíritu moderno, enemigo de Dios? Hacemos nuestras las siguientes palabras de un escritor muy competente en los estudios sociales:

«Ningún pueblo, cualquiera que sea su posición geográfica ó la forma de su gobierno, tiene derecho á creerse al abrigo del peligro revolucionario. Los dos países donde hasta ahora el socialismo parecía tener menos fuerza, Inglaterra y los Estados-Unidos, se encuentran también infestados de tan terrible peste, y es que la internacional del crimen y la anarquía extiende sus redes por el mundo entero, y en esta lucha contra los bárbaros del interior todos los países son solidarios y están igualmente interesados.»

No queremos cansar la atención de nuestros lectores con noticias menudas acerca de los *metting*, huelgas, proclamas, etc., con que se manifiesta la exacerbación de la enfermedad socialista. La prensa diaria las da en abundancia, y en ella puede verse la extensión del movimiento, que cuenta como principal aliciente con la protección de unos gobiernos, con la benevolencia de otros, y con la indiferencia y apatía de casi todos. Sólo la Iglesia se muestra vigilante, combatiendo con las armas de su palabra y con la acción de sus instituciones en favor de la paz y del orden que deben reinar en la sociedad cristiana.

La no menos célebre y grave para Inglaterra llamada cuestión de Irlanda, está á punto de discutirse, y no sabemos si se resolverá en el Parlamento británico, según declaración del *Daily Telegraph*, el cual anuncia que muy en breve el Gobierno presentará un proyecto de autonomía de Irlanda, aceptable para Inglaterra y para los diputados irlandeses. Añade que en dicho proyecto se establece un Parlamento especial en Dublín.

El asunto es harto complicado para que se resuelva de una plumada.

X.

LOS GRABADOS

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARCONELL Y FIVALLER, DUQUE DE ALMENARA ALTA, SOCIO FUNDADOR Y PRESIDENTE QUE FUE DE LA JUVENTUD CATÓLICA DE MADRID.

(Véase la biografía en el número anterior.)

EXCMO. SR. DUQUE DE PASTRANA Y MARQUÉS DE CENETE, ESPLÉNDIDO BIENHECHOR DE COMUNIDADES RELIGIOSAS Y PROTECTOR DE LA ENSEÑANZA CRISTIANA.

El día 26 de Enero del presente año ha muerto en Pau (Francia) el Excmo. Sr. D. Manuel de Toledo y Lesparre, duque de Pastrana y príncipe de Eboli, último vástago de la ya extinguida casa del Infantado. Había nacido en Gualajara el 28 de Octubre de 1805.

Dedicado á la carrera de las armas, entró desde muy joven en el Cuerpo de Guardias de Corps, donde tuvo ocasión de distinguirse por su talento organizador y por su valor á toda prueba. Desde la Guardia Real pasó, como la mayor parte de sus compañeros, al servicio de D. Carlos, habiendo hecho con singular gloria toda la campaña de los siete años, en la que llevó á cabo hechos de armas tan extraordinarios, que rayan en lo legendario. «Allí donde había una dificultad que vencer, dice un amigo suyo, aunque no de sus ideas, una negociación delicada que dirigir, un peligro que arrostrar, allí estaba Toledo, que de esta suerte, pasando por todos los grados de la milicia, llegó al empleo de brigadier. El relato de su carrera militar, tan gloriosa como poco conocida, constituye una página de la historia, de tal modo llena de movimiento y de vida, de extraños contrastes y peligrosas aventuras, que más parece caprichosa novela, ideada para mantener el interés, que fiel trasunto de la realidad. Obligar al Duque á que hablara de hechos en que hubiere desempeñado el principal papel, era cosa de todo punto imposible: muchas veces, en el seno de la intimidad, le hemos oído narrar con singularísimo gracejo las prisiones, los naufragios, las contrariedades que experimentó; muchos hemos visto rodar por sus mejillas una cariñosa lágrima consagrada al recuerdo del amigo ó del compañero de armas, cuyas cualidades enaltecía; jamás le hemos oído nada que pudiera redundar en elogio de su persona.»

El duque de Pastrana sufrió por sus opiniones carlistas todo género de persecuciones, viéndose emigrado unas veces, deportado otras á Ultramar y muchas asediado por espías y polizontes, que pusieron á prueba su valor, su abnegación y su constancia. Tomó parte en el movimiento de San Carlos de la Rápita, lo que le obligó á nuevos sacrificios y vejaciones. Invariable en sus ideas, se ha mantenido en los últimos años retraído de toda acción política, ocupado exclusivamente en obras puramente piadosas. Todo el mundo sabe los espléndidos donativos que ha hecho á varias comunidades religiosas, pero singularmente á los padres jesuitas y á las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús. Sus fincas de Chamartín son hoy colegios de ambos sexos, y además la hermosísima casa de la calle de Isabel la Católica,

ca, esquina á la de Flor, colegio también de las religiosas antes citadas. Se complacía particularmente en proteger con sus cuantiosos donativos á los institutos religiosos dedicados á la enseñanza de la juventud.

No es posible enumerar aquí sus obras de caridad: ignoraba su mano izquierda lo que daba con la derecha. Dios habrá recompensado estas dádivas con el patrimonio de los bienaventurados.

La fortuna ha pasado á su noble viuda, la condesa de Cuba, compañera dignísima del egregio Duque, y como él dedicada á obras de piedad y de caridad en el retiro de su casa y sin tomar parte en las vanas pompas y ruidosas costumbres de los tiempos presentes.

VISTA DE LA IGLESIA DE SAN MIGUEL DE ESCALADA, DECLARADA MONUMENTO HISTÓRICO-NACIONAL.

En la *Gaceta* del día 11 del corriente se ha publicado una Real orden del Ministerio de Fomento declarando monumento histórico-nacional la iglesia de San Miguel de Escalada. Aunque en la página 99 del tomo VI de este periódico se publicó un extenso artículo sobre tan notable monumento, al refrescar su memoria por esta circunstancia de actualidad, diremos que fué fundación de unos monjes murárabes fugitivos de Córdoba, que la erigieron en 913, en tiempo de D. García, primer rey de León; que se halla situada á cinco leguas SE. de esta ciudad, á orillas del Esla; que fué reformado en 1050 reinando en León y Castilla D. Fernando I, y que es, en fin, uno de los más curiosos monumentos de la arquitectura *mudéjar*, propia y exclusiva de España.

Este edificio, construido con materiales endeble y deleznales, hace años que amenaza ruina. Quiera Dios que declarado monumento nacional se libre de los estragos del tiempo por medio de una acertada y feliz restauración.

PESCADORES DE LA COSTA DE NORMANDÍA.

Las descripciones que publican estos días los periódicos de los tristes siniestros marítimos ocurridos en las costas del Norte, nos han movido á publicar este cuadro, premiado hace dos años en la Exposición de París, donde con viva y conmovedora naturalidad se representa una escena de la vida de los pescadores en la costa de Normandía. Los personajes son dos, un matrimonio que posee como único tesoro una miserable barquilla de pesca, con la cual, arrosando los peligros de la mar, se gana el necesario sustento y el de sus pobres hijos, que pasan el día en la playa, viendo de lejos las faenas de sus padres y presenciando acaso el naufragio de su amor y de sus esperanzas.

Pertenece el cuadro á la legítima y aceptable escuela naturalista, porque en esta escena, tan sobriamente representada, admírase la virtud de esas pobres gentes que, á toda hora, para cumplir el deber de ganarse la vida, luchan contra las inclemencias de las estaciones y contra la insaciable voracidad de las olas, siempre resignados con su suerte y siempre mirando al benigno cielo, único amparo de sus vidas en medio de los peligros y de las tempestades.

El cuadro representa el momento de salir al mar con la carga de las redes vacías. ¿Quién no piensa al contemplarlo en las escenas del Evangelio, símbolo de los azares y esperanzas de la vida cristiana?

Así entramos ahora en el santo tiempo de Cuaresma con las redes vacías. ¡Quiera el cielo que volvamos con carga abundante de méritos y de virtudes!

MAPA DEMOSTRATIVO DE LAS ABREVIACIONES DEL CANAL DE PANAMÁ.

El día 9 del corriente ha salido del puerto de Vigo una expedición española, costeada por el opulento marqués de Campo, infatigable en promover empresas fecundas para la honra y prosperidad de España, que ha de visitar los trabajos, muy adelantados ya, de la perforación del istmo de Panamá. En el mapa de este número se puede ver á golpe de vista lo que significa esta colosal empresa, que ha de influir poderosamente en el desarrollo del comercio de América.

Hé aquí la explicación de ese mapa reducida á datos numéricos de rigurosa exactitud. Estos datos prueban mejor que nada la importancia de la empresa colosal de Mr. Lesseps, próxima á realizarse.

INDICACIÓN de los puertos.	Distancia por el C. Hornos. <i>Leguas.</i>	Distancia por el Istmo americano. <i>Leguas.</i>	Abreviación de la distancia. <i>Leguas.</i>
De Londres ó Liverpool á San Francisco....	6.800	3.300	3.500
Del Havre á San Francisco.....	6.500	3.200	3.300
De Londres á Sydney...	6.600	4.400	2.200
Del Havre á Sydney...	6.500	4.300	2.200
De Burdeos ó del Havre á Valparaíso.....	4.400	3.000	1.400
De Londres á las islas Sandwich.....	6.000	3.200	2.800
De New York á Valparaíso.....	4.300	1.600	2.700
Idem á Callao.....	4.500	1.200	3.300
Idem á Guayaquil....	4.800	950	3.850
Idem á San Diego....	6.200	1.500	4.700
Idem á San Francisco..	6.400	1.700	4.700
Idem á Vancouver....	6.700	1.900	4.800

SAN JUAN DE DIOS

(Continuación.)



TERMINADO el objeto de su peregrinación, pasó por Baeza, donde se encontraba Juan de Ávila continuando la buena obra de sus predicaciones, y allí recibió de nuevo su bendición, consultándole acerca de lo que debía hacer. El sabio maestro le aconsejó volviere á Granada, cumpliendo de este modo la voluntad de Dios, y nuestro Santo, siguiendo un consejo que tanto se ajustaba á su vocación, volviere, en efecto, á la ciudad de las flores, puesta su fe en Dios, para dedicarse por completo al ejercicio de la caridad. Ya en ella, comenzó por alquilar una modesta casa en la calle de Lucena, casa que todavía ha alcanzado á ver, aunque muy reformada, el autor de estas líneas, y en ella estableció un hospital, donde recogía á todos los mendigos, á los enfermos, los inválidos y á cuantos pobres encontraba por las calles, conduciendo en sus brazos ó cargando sobre sus espaldas á los que no podían andar. Así que llegaba á su benéfico asilo les lavaba los pies, se los besaba, los ponía cuidadosamente en el lecho, y les rogaba atendieran tanto á la curación de su cuerpo como á la de su alma. En su ferviente é inagotable caridad, no sólo les hacía las camas y les aplicaba las medicinas, velando su sueño como pudiera hacerlo un padre cariñoso, sino que hasta lamía las llagas á los enfermos que las padecían, para limpiárselas de la podredumbre que las enconaba.

Para atender á los precisos gastos que el sostenimiento de aquella casa de caridad requería, iba de calle en calle y de casa en casa implorando la caridad pública, con aquella breve, pero elocuentísima frase, que encierra toda la grandeza de la caridad cristiana: «Haced bien para vosotros mismos; dad limosna para vosotros.» Tan conmovedor ejemplo de abnegación y de caridad halló eco, como no podía menos de suceder, en el corazón de los vecinos de Granada, que acudían á contemplar conmovidos, los sobrenaturales esfuerzos de aquel hombre superior, con razón llamado el apóstol de la caridad, contribuyendo con sus limosnas á la buena obra, con tanto fervor comenzada por el Santo.

Pero ni las limosnas con ser abundantes, ni sus trabajos personales calmaban un momento en aquel corazón inflamado por el santo amor de la caridad, el insaciable deseo de sacrificarse por sus hermanos. Descalzo, con un ligero traje, más por necesaria honestidad que por abrigo, sin capa ni sombrero, con una cayada al hombro y la *capacha* en el brazo, donde recogía la limosna para sus pobres, iba recorriendo la ciudad, sin que aquel pobre vestido le durase mucho ni fuera siempre el mismo, porque le trocaba á cada paso por los andrajos de los pobres que encontraba. De esta suerte, acertó á entrar en casa del presidente de la Chancillería, que lo era á la sazón D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, Obispo de Tuy, uno de los varones más eminentes en letras y en virtudes que daban días de legítima gloria al reinado de Carlos V, y como le extrañase ver al siervo de Dios tan roto y destrozado, y supiese que cada día cambiaba los trajes que le daban de limosna, con los sucios y andrajosos de los desvalidos, determinó darle vestido que no pudiese trocar, para que anduviera con la decencia que su ministerio y santa ocupación reclamaban. Mandó, pues, llevar jerga blanca y parda, y que hiciesen una túnica con la primera y un hábito con la segunda, que el mismo presidente puso al santo después de bendecirlo, dándole además una correa para que se lo sujetase á la cintura; nuevo traje que usó de allí adelante hasta que el Señor, fué servido de llevarle á mejor vida, y el mismo que vistieron los que le ayudaban y asistían en el hospital, tomando desde aquel día, que fué el 2 de Octubre de 1538, principio la sagrada religión hospitalaria de nuestro Santo. Al mismo tiempo el ilustre Prelado, queriendo unir al nombre de Juan que aquél llevaba, otro que le distinguiese entre todos los que también le tuviesen, llamóle *Juan de Dios*, porque sólo de Dios podía provenir aquella inagotable caridad, que pasaba todos los límites del sentimiento humano.

Vestido con su nuevo traje, y fortificado con tan hermoso nombre, continuó constantemente ocupado en el gobierno y sostenimiento de su hospital, de tal modo que no tenía momento de reposo. Como refiere uno de sus más antiguos cronistas, «levantábase muy de mañana, después de haber gastado lo mas de la noche en Oración; visitava los enfermos, y ejercitava los oficios humildes y domesticos, luego barria las Enfermerías y componia las camas. A poco rato prevenia los jaraves y hacia los medicamentos que á aquellas horas permiten las enfermedades; aguardava al Medico y Cirujano; escribia lo que le ordenavan; baxavase á la cocina; ponía la olla; de-

xavala con bastante lumbre, y salía á buscar á las boticas las medicinas. Bolvia con ellas, y dava vna vista á las Enfermerías; baxavase á cuydar de las ollas, y en tanto que cocian, subía á darles el desayuno á los enfermos. Venía la hora del comer; repartía la comida con limpieça, con amor y caridad, y con tan buena gracia que se animavan á comer los que estavan padeciendo mortal hastio. En comiendo sus pobres, comía el Santo de lo que sobraba, y era tan poco lo que comía, que apenas podía servirle de sustento; fregava los platos, y demas basijas que le avian servido á la comida, y tratava de poner la cena. Requería las camas, visitava los enfermos, y en tanto que descansavan la siesta, salía á pedir la limosna de los particulares. Bolvia á la hora que tenían señalada el Medico y Cirujano, y asistía con ellos á la visita de los enfermos, y escribia lo que le ordenavan. Traílo luego, hacia las camas, disponia hazer las medicinas que avian ordenado, y luego les daba de cenar. En cenando encendía las lámparas, cogía su esportillo y las ollas, y salía á pedir la limosna ordinaria. Bolvia con ella, poníala á recado, recogíase á su Oración, descansava muy pocas horas, volvia á ella, y al romper del alva bolvia á continuar su ocupacion y ejercicio.»

Como todos los vecinos de Granada le veían de tal modo atender al socorro de los desvalidos, no le escaseaban la limosna, y le daban cuenta de todas las necesidades que la tenían de remedio, dando esto lugar á muchos episodios de su vida, que realzaban cada vez más y más su inagotable caridad, y hasta su privilegiado ingenio. Necesitaríamos mucho mayor espacio del que podemos disponer para narrarlos todos, por lo que nos limitaremos á algunos de ellos, que dan idea, siquiera sea sucinta, de los demás.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Se continuará.)

A LA VIRGEN SANTÍSIMA

EN SU TERCER DOLOR.

Venerunt iter dici et requirere
cum inter cognatos et
notos.
Et non invenientes, regressi
sunt in Jerusalem requirerentes
eum.
(San Lucas, cap. II, versículos 44 y 45.)

¿Adónde vas, doncella,
que así vagas medrosa y dolorida?
¿Por qué en tu faz tan bella
Pesar tan fiero anida
que imagen eres del dolor cumplida?
¿A dó fueron los rojos
claveles de tu boca perfumada?
¿A dó fué de tus ojos
la plácida mirada?
¿Adónde tu sonrisa regalada?
Tu rostro es mar de llanto;
las lágrimas tus ojos enrojecen;
al hielo del quebranto
tus labios palidecen,
las rosas de tu faz se desvanecen.
Tu címbalo sonoro
de un sauce pende; tu harpa bendecida
no regocija el coro
de la tribu escogida,
ni es tu cantar de sus cantares vida.
Cien vírgenes hermosas,
cien matronas de estirpe inmaculada
circundan bulliciosas
la espléndida morada
á Jehová por su pueblo consagrada.
Manada triscadora
de corderillos cándidos, parece
aquella bullidora
juventud que esclarece
el hebreo pensil donde florece.
Y tú, doncella, en tanto,
joven, hermosa, delicada, pura,
bañada estás en llanto,
ceñida de amargura,
marchito el cuerpo, el alma sin ventura;
Y abandonas la fiesta,
la muchedumbre huyendo y la alegría;
y consumes la siesta,

y la noche y el día,
en plañir y en vagar sola y sombría.

Por montes y colinas
discurre y por calles presurosa;
los pórticos, las ruinas,
la plaza populosa
recorres y la senda más medrosa.

Ya rauda como el viento
ni huella por do pasas breve dejas;
ya en tardo movimiento,
penoso cual tus quejas,
vienes y vas, te acercas y te alejas;
y ora cuitada gimes
y nadie tu dolor calmar alcanza,
y ora el gemir reprimes
y un rayo de esperanza
tus mejillas colora de bonanza;
y ora miras la luna,
trasunto fiel y eterna compañera
del alma sin fortuna,
y ora buscas la esfera
donde, rey del placer, el sol impera...

Y huye y huye radiosa
la luz del sol, y cruza mortecina
la luna temblorosa
su carrera argentina,
y tu mal y tu llanto no declina.

¿Adónde vas, doncella,
en igual grado hermosa y dolorida?
¿Por qué en tu faz tan bella
pesar tan fiero anida,
que imagen eres del dolor cumplida?

Recuerdo que ha tres días
la blanca aurora al descender sus tocas
muy otra discurrías
á través de estas rocas
que hoy á llorar con tu gemir provocas.

Un anciano y un niño,
robusto cedro y lirio delicado,
radiantes de cariño
venían á tu lado
de Salem hacia el templo venerado;
y hoy tórtola que inmola
crudo el dolor, al contemplar su nido
robado, vagas sola:

¿Cayó tu hijo querido?
¿Cayó el anciano de la muerte herido?

No, no, rásgase el velo
que á mi vista tu imagen encubría;
este amor, este duelo,
esta ansiedad sombría,
esta voz, esta faz... eres María.

María, madre amante,
hija á la vez y esposa del Eterno,
del cielo sol radiante,
espanto del infierno,
consuelo de los hombres sempiterno.
María, la azucena
del pueblo fiel; la rosa deshojada
al soplo de la pena,
futura desvelada
del Santo Anciano por la diestra helada.

María, nazareno
jazmín en campo libio trasplantado
que pliega el casto seno,
de lágrimas regado,
y alberga en él á su hijo idolatrado.

María, sí, María
que ayer al templo madre venturosa
con Jesús acudía,
y hoy madre dolorosa
sin su Jesús ni alienta ni reposa.

Vanamente el anciano
José recorre pálido, jadeante,
ciudad y monte y llano;
vanamente incesante
tres días ha que te contemplo errante.

«Jesús» leo en tu frente,
«Jesús» murmura tu angustiosa pena,
«Jesús» tu voz deliente,
«Jesús» los aires llena
«Jesús» el eco sin cesar resuena.

Las flores simplecillas
abren su cáliz para el dulce riego;
beber de tus mejillas
quiere el aura tu ruego,
las estrellas tu luz, el sol tu fuego...

Y á su vez, Virgen pura,
sol, estrellas y flor y tierra y cielo
te ofrecen su ventura,
y pretenden tu duelo
al precio rescatar de su desvelo.

¿Mas, por qué, Madre mía,
así te afanas y conduces tanto?
¿No es Jesús tu alegría,
de su Padre el encanto,
y no es su Padre Dios, tres veces Santo?
¿No es el Creador que viste

1. *Chronologia hospitalaria de San Juan de Dios*, por el P. Fray Juan Santos. Madrid, MDCCXV.

de luz los cielos, de verdura el prado,
que á las aves reviste
de pluma y con nevado
ropaje deja el lirio engalanado?
.....
.....

El guiará con su rayo
la senda de Jesús; los querubines
revestirán de Mayo
la tierra, y los confines
hebreos de violetas y jazmines.

Los ángeles la palma
de la mano abrirán para que en ella,
hermosa mar en calma,
la planta pose bella
y no resbale al estampar su huella.

Y las alas sonoras
agitarán para arrullar el sueño
en las nocturnas horas
de su Divino Dueño,
y le darán tu imagen por ensueño...

Perdon, perdon, Señora;
no sólo engendra el maternal tormento
que tu amargura llora
el largo apartamiento
de Jesús, lumbre viva de contento:

que en tu Jesús perdido
mil de su grey, ovejas anegadas
en el mar del olvido
contemplan tus miradas
por ellas ¡ay! de lágrimas preñadas.

Ovejas, Madre mía,
que no son cual Jesús Verbo encarnado,
iris que Dios envía;
Cordero inmaculado:
hijas son de la muerte y del pecado.

Ovejas descarriadas
por su querer para el redil perdidas,
de ti en vano llamadas,
de Jesús requeridas
y de los dos para su mal partidas.

Pero vuelve, Señora,
esos ojos de lágrimas undosos
al hijo que atesora
para ti los copiosos
raudales de su gracia portentosos;
y en nombre de tu llanto,
de tu victoria en nombre y de tu pena,
con ese acento santo
que el rigor encadena
del mismo Dios y su justicia enfrena,
pídele, Madre mía,
píde que vuelva á su redil lavada
la muchedumbre impía,
y la tierra malvada
será por ti segunda vez salvada.

EL DUQUE DE ALMENARA-ALTA.

¡¡CHIST...!!

(Continuación.)



L. P. Antonio escuchaba al Superior con los ojos bajos, arrollando la carta entre sus dedos, que temblaban.

— Pero ¿y si es verdad, Padre? dijo al fin... ¡Lopide en nombre de Jesucristo...!

Había tal humildad, tal unción, y al mismo tiempo tanta ternura en estas últimas palabras del P. Antonio, que el buen Superior se sintió conmovido.

— Pero hijo de mi alma, exclamó saltando del sillón, y acercándose á él con los brazos abiertos como si fuese á abrazarle. ¿Y si es mentira, como presumo...? ¿Y si no es más que un enredo, que acaso hasta ponga en peligro su vida...?

— Y ¿qué importa? replicó el P. Antonio encojiéndose de hombros.

— ¡A usted, nada...! Pero á mí, y á la Compañía, y á la gloria de Dios, mucho... ¡Claro está! eso de morir con los zapatos puestos, y entrar en el cielo pronto y de un salto, es muy cómodo y muy del gusto del P. Antonio; pero falta saber si lo será también del de nuestro Señor Jesucristo... Muy santo es morir pronto en la brecha, Padre mío; pero más santo es vivir mucho en la brecha y morir tarde en la brecha... Acuértese, Padre mío, acuértese que la mies es mucha y los operarios escasos, y no se olvide tampoco de que unida á la prudencia de la serpiente, es como recomienda el Señor la sencillez de la paloma.

— Es cierto, Padre... Pero cuando se trata de la salvación de un alma, preferiría engañarme pensando bien, á acertar pensando mal.

— Distingo, Padre mío, distingo... Engañarse no

sacando nada, concedo: engañarse sacando... quizá un hueso roto, *negó*, Padre mío, *negó*.

— Entonces juzga V. R...

— Que no debe pensar más en eso, y esperar las once de la noche durmiendo tranquilamente, que harta falta le hace.

— Está bien, Padre, dijo humildemente el P. Antonio dirigiéndose á la puerta. Lo dejaremos todo en manos del Señor.

— En buenas manos lo deja, Padre mío, en buenas manos lo deja, contestó el Superior acompañándole. Conque no piense más en eso, y cuídese mucho, Padre mío, que está muy desmejorado, y tanto trabajo le agobia... El trabajo ha de tomarse según la medida de la santa discreción, y no se acuerda mi carísimo Padre de que por tres veces ha arrojado ya sangre por la boca... ¿A que no sigue tomando la leche por las mañanas?

— ¡Sí, Padre, sí...! ¡Si me lo mandó V. R.!

— Pues leche, Padre mío, leche hasta que yo diga basta; que tomada por obediencia, le criará fuerzas y gracia de Dios.

El P. Antonio salió de la estancia, y el Superior permaneció un momento junto á la puerta, con la mano en el picaporte.

— ¡Es un santo! decía entre dientes volviendo á su asiento; pero le chorrea todavía el agua del bautismo, y ni aun en esa carta encuentra malicia.

Mientras tanto, el P. Antonio había entrado en la capilla: era ésta una pequeña pieza cuadrada, tapizada de damasco carmesí. En el altar, sobre un pedestal de mármol y debajo de un elegante doselete, había una imagen de talla del Sagrado Corazón de Jesús: á sus pies estaba el tabernáculo de plata, y una lámpara, también de plata, ardía ante el pendiente del techo. El P. Antonio se arrodilló en un reclinatorio que había al pie del mismo altar, y apoyando la frente en ambas manos, se quedó inmóvil.

Era el P. Antonio una de esas almas que para honra de la humanidad cría Dios y conserva con harta frecuencia en el huerto cercado de las órdenes religiosas; modelos admirables de obediencia, castidad y desprendimiento, que sirven de pararrayos á la cólera divina, en medio de esos tres grandes vicios del mundo, soberbia, lujuria y avaricia que sin cesar la provocan; almas privilegiadas, cuyo candor celestial no deslustra nunca la perspicacia de su entendimiento; que sin salir jamás de los santos limbos de la infancia, llegan á la ancianidad cargadas de saber, y se presentan al fin ante el tribunal divino cubiertas con el sayal de la penitencia y llevando en las manos el lirio de su inocencia...

Parecía entonces al humilde religioso que había insistido demasiado al mostrar su deseo de hacer bien al autor de la carta anónima; creía haber tardado en rendir su juicio propio al de un Superior que representaba en el orden sobrenatural la persona de Cristo, y era en el natural un varón de consumada santidad y prudencia. Impedíale por otra parte su modestia encontrar en la inspiración divina la causa de aquel movimiento de celo, y atribuyéndolo á su orgullo mal domado, humillábase ante Jesucristo, pidiéndole con lágrimas en los ojos que no impidiese su soberbia el bien de aquella alma en realidad arrepentida, ó verdaderamente malvada y astuta.

Mientras tanto, el P. Superior se agitaba en su asiento, afanándose en vano por hilvanar de nuevo sus argumentos contra Damirón y su sistema: faltábale siempre el término medio; y en la cuartilla todavía en blanco que tenía delante, parecía ver en su lugar aquella carta anónima que acababa de oír, y aquella insistencia del P. Antonio, que por modesta y respetuosa que fuese, era siempre extraña en aquel religioso, cuya humildad encontraba toda opinión más autorizada que la suya; cuya obediencia le hacía adivinar y seguir á ciegas el mero deseo de los superiores; cuya pureza de intención le impulsaba siempre, aun en los eventos más sencillos de su vida religiosa, por razones puramente sobrenaturales.

— ¡Preciso es que el Señor le inspirase su insistencia! exclamó al fin soltando la pluma por cuarta vez. La carta es inverosímil, pero puede ser verdadera; y ¿quién sabe si querrá el Señor sacar de aquí algo...? ¡Jesús! si fuera inspiración de Dios su insistencia... ¡Si con mi prudencia de tejas abajo la hubiera yo impedido...! ¿Quién sabe si habré estorbado la salvación de un alma...? ¡Jesús! ¡Jesús! ¡No lo permita Dios...! ¡Qué ligereza la mía, qué soberbia...! Impedir lo que puede ser inspiración divina, sin consultarlo con Dios; sin guiarme más que por esa prudencia cobarde del tibo, que encuentra siempre exagerado el celo del fervoroso... ¡Ay, Dios mío! ¡qué bien merezco que me llamen sabio los hombres...! ¡los hombres, que á vos os llamaron loco...!

Y mientras esto pensaba el buen P. Superior ha-

bíase levantado y paseaba inquieto por el cuarto, acabando al fin por dirigirse á la capilla: allí vió al P. Antonio tan absorto en sus pensamientos, que no notó su llegada. El Superior se arrodilló calladamente en un rincón, y comenzó á golpear el pecho.

— ¡Señor! decía; por los méritos de aquél, perdona á éste, y no le niegues tus luces.

Media hora permanecieron ambos religiosos ante Jesús Sacramentado, achacándose cada cual á sí mismo una culpa que en ninguno de ellos existía; mirándose en ese espejo divino de la oración, que ahuyenta los temores, aleja los intereses, desvanece las preocupaciones, enfrena la pasión, desenmascara el sofisma, y pone ante los ojos clara y brillante la base en que se ha de fundar todo juicio recto, el principio que ha de regular toda obra santa: la voluntad de Dios y su mayor gloria.

Clara debieron de conocerla ambos religiosos, cuando al levantarse el P. Antonio, se dirigió también el Superior á la puerta, y ofreciéndole agua bendita en la punta de los dedos, le dijo:

— Ponga el pañuelo, Padre mío, ponga el pañuelo.

El P. Antonio le miró con una expresión indecible de sorpresa y de alegría.

— Sí, Padre mío, póngalo... Por supuesto que no se lo mando... se lo permito, si quiere... si no teme...

— ¿Teme? exclamó enérgicamente el P. Antonio. — *Dominus, protector vitae meae, a quo trepido...*?

— ¡Es cierto! replicó el Superior bajando humildemente la cabeza; *¡quem timebo?*?

A las diez tocó el hermano Domingo, como todas las noches, la campana que anunciaba á los religiosos la hora del descanso. El Superior había mandado al tercero de los Padres que en la casa residían, que no se acostase, y permaneciese en su aposento pronto á acudir á cualquiera voz ó ruido extraordinario. Llamó luego al hermano Domingo y ordenóle abrir de par en par la puerta de la calle, y bajar las luces del zaguán y la escalera, sin apagarlas del todo: el hermano obedeció sin manifestar la menor extrañeza, y fué luego á arrodillarse á la capilla, según la orden que del Superior había recibido. Entonces vió á éste sentado en un rincón cercano á la puerta, con las manos metidas en las mangas é inclinada la cabeza.

Hallábase la capilla formando un ángulo recto con la habitación del P. Antonio, y daban ambas piezas á una estrecha antesala en que desembocaba la escalera. Podía por lo tanto percibirse desde cualquiera de ellas todo ruido extraordinario que en la otra resonase, sin que fuese posible oír de modo alguno lo que dentro se hablaba. El P. Antonio había colocado una estampa de papel del Sagrado Corazón al pie del Crucifijo que pendía sobre su reclinatorio; la puerta del aposento estaba abierta de par en par; ardía sobre la mesa un quinqué de petróleo, y el religioso, pausado y sereno como siempre, paseaba de arriba abajo rezando el Rosario.

Al sonar las once se oyeron en la escalera pasos rápidos y firmes: el P. Superior se arrodilló entonces, y mandó al hermano entreabrir un poco la puerta de la capilla. El P. Antonio bajó rápidamente la luz del quinqué, y fué á sentarse en un sillón, al lado del reclinatorio. Resonaron al fin aquellos pasos en la estrecha antecámara, y á los débiles reflejos de la luz medio apagada, pudo el P. Antonio distinguir la sombra de un hombre de elevada estatura, que penetraba en el aposento cerrando detrás de sí la puerta.

Diez minutos después, de repente y sin que le precediese rumor alguno, sonó un tiro dentro del aposento. El P. Superior se lanzó de un salto á la puerta, y sacudiéndola violentamente gritaba:

— ¡Padre Antonio...! ¡Padre Antonio!

Acudió á estos gritos desalado el otro Padre; y el hermano Domingo, sin inmutarse ni decir palabra, dió luz á la lámpara de la antesala, y echó la llave á la puerta de la escalera. Entreabrióse entonces la del cuarto del P. Antonio, y asomó el rostro de éste, pálido, pero sereno como siempre.

— ¡No es nada, Padre! dijo en voz baja. ¡Retírese por María Santísima...!

— ¡De ningún modo! exclamó el Superior empujando la puerta; mas el P. Antonio le cogió fuertemente por un brazo y le dijo con tal acento que el Superior no se atrevió á insistir:

— ¡Por las llagas de Cristo...! Retírese, Padre... ¡no estorbe un prodigio de Dios!

Los tres religiosos volvieron de nuevo á la capilla y se arrodillaron á la puerta, con el oído atento y llenos de sobresalto. Pasó entonces más de una hora sin que se oyese rumor alguno. Inquieto siem-

1. El Señor es el protector de mi vida; ¿de quién he de temblar?

2. ¿A quién he de temer?

pre el Superior, levantóse de nuevo y se acercó calladamente á la puerta; mas retiróse en seguida. Había oído el rumor de sollozos entrecortados, y el suave cuchicheo de dos personas que hablaban en voz baja.

III

Al entrar el hombre en la estancia, vió el Padre Antonio con algún recelo cerrar la puerta tras sí, echando el cerrojo por dentro. Arrodillóse después en el reclinatorio, y en voz baja, pero inteligible, comenzó á rezar el *Confiteor*. Entonces extendió el Padre la mano para bendecirle, y dijo aquellas palabras: *Dominus sit in corde tuo et in labiis tuis, ut rite confitearis omnia peccata tua*.

Mas en el mismo instante alargó aquel hombre una mano sin variar de postura, y agarró al jesuita por el cuello: al mismo tiempo sacó de debajo del carrik que le cubría un puñal y una pistola, y apuntándole esta última al rostro, dijo en voz baja:

— ¡Si te mueves, te pegoun tiro!

El P. Antonio se quedó aturdido: aquella mano que le apretaba la garganta como una tenaza, le impedía pronunciar palabra, y extendió maquinalmente las suyas para apartarla.

— ¡Quieto! dijo el hombre, dándole tan brutal tirón, que le arrancó tres botones de la sotana; y acercando su rostro al del jesuita, sin cesar de apuntarle preguntó:

— ¿Dónde están los papeles que te dió H** hace dos días?

El P. Antonio hizo un esfuerzo para contestar, y el hombre aflojó un poco la mano.

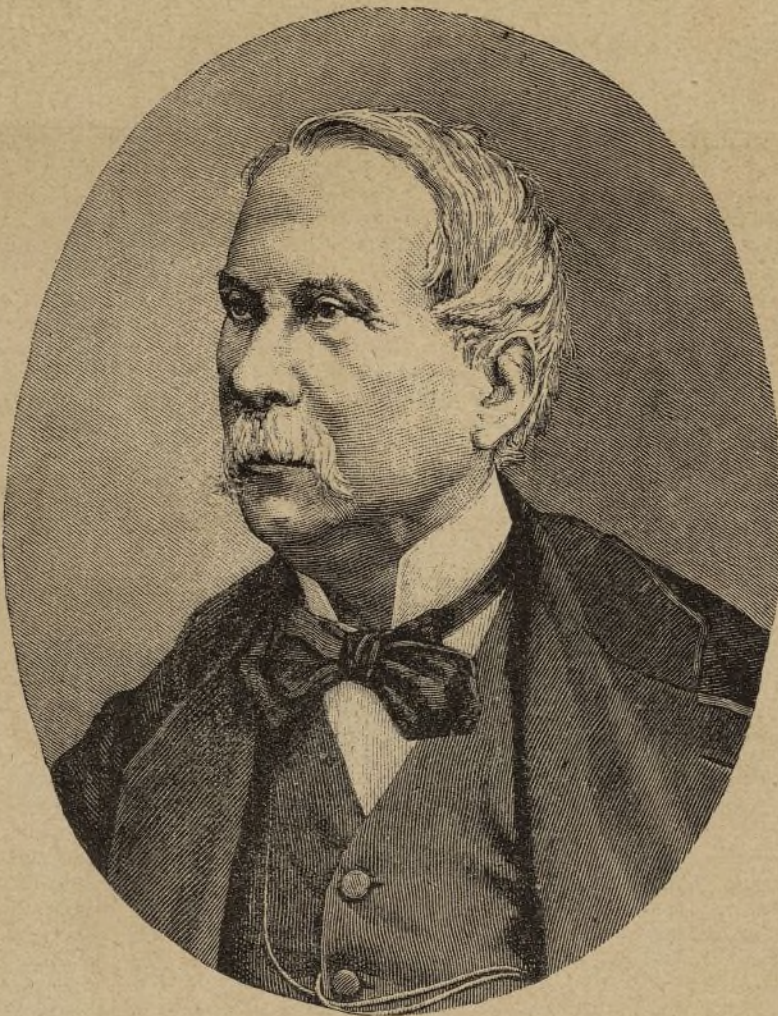
— Nadie me ha dado papeles, dijo entonces con voz sofocada.

— ¡Embustero! exclamó el hombre, golpeándole la cabeza contra la pared. ¡Antes de morir te entregó un paquete de cartas!

— Eso no es cierto, replicó el jesuita, que iba ya recobrando su calma.

— ¡Ladrón hipócrita! rugió el hombre, poniéndole en las sienes el cañón de la pistola; ¡si no me las das mueres!

Esté el Señor en tus labios y en tu corazón, para que confieses debidamente todos tus pecados.



EXCMO. SR. DUQUE DE PASTRANA Y MARQUÉS DE CENETE,

Espléndido bienhechor de Comunidades religiosas y protector de la enseñanza cristiana.

— ¡Ni las tengo, ni aunque las tuviera las daría! replicó el jesuita con firmeza.

El hombre lanzó una especie de rugido de rabia, y agarrándole por los cabellos, le bajó la cabeza para hundirle el puñal por la cerviz.

— ¡Espera! gimió con angustia el jesuita.

El hombre creyó que el terror le hacía sin duda ceder, y se levantó, soltándole del todo. El P. Antonio se puso también de pie, y extendió hacia él sus manos temblorosas.

— ¡Diez minutos, por Dios! le dijo. Cinco minu-

tos para hacer un acto de contrición... para encomendarme á la Virgen Santísima, que es mi Madre... ¡y tu Madre también, desdichado...!

El hombre retrocedió un paso sorprendido; y cual si aquel bendito nombre hubiera despertado en él la vergüenza, la duda y la amargura, murmuró con un acento en que todo esto se hermanaba:

— ¿Mi Madre también...?

— ¡Sí! respondió el jesuita, que notó la emoción del miserable. ¡Tu Madre también...! ¡y la mía, y la de Cristo, que te pedirá cuenta del crimen que vas á cometer...!

El hombre pareció agitarse en la oscuridad como si patease de rabia, y empujó rudamente á su víctima en el reclinatorio, diciendo:

— ¡Reza cuanto quieras...! ¡pero calla...! ¡calla...!

El P. Antonio cayó de rodillas en el reclinatorio, y apretó contra su pecho la imagen del Sagrado Corazón, con la fe, con el amor y la esperanza del justo que se dispone á morir... Tan sólo Dios puede explicar lo que sucedió entonces: es lo cierto, que mientras el jesuita oprimía contra su corazón el Corazón Sagrado de Cristo, y á dos pasos de la muerte le ofrecía la vida que iba á perder, por el perdón del asesino que se la arrancaba, el furor de éste se apagó cual una tempestad á que faltan de repente los vientos que la desencadenaron; abriéronse sus ojos hasta desencajarse, como si la mansedumbre del religioso le pareciese cosa sobrenatural; y la gracia de Dios, traspasando en aquel momento su corazón de hierro, trajo á sus labios uno de esos sollozos que llenan de júbilo al cielo, porque anuncian que un pecador vuelve á la casa de su Padre. Este sollozo llegó á

oídos del Padre Antonio, y creyendo que ya su verdugo le avisaba para morir, levantóse blanco cual un sudario, pero perfectamente tranquilo.

Vió entonces que, lejos de herirle, el asesino dejaba caer al suelo el puñal y la pistola, y echando atrás la cabeza y llevándose ambas manos á los ojos, exclamaba con voz sorda:

— ¡Padre, perdón...! perdón por María Santísima...!

Un tiro escapado de la pistola al caer, resonó al mismo tiempo, y á poco se oían los gritos del Superior y los golpes que en la puerta daba. El Padre



VISTA DE LA IGLESIA DE SAN MIGUEL DE ESCALADA, DECLARADA MONUMENTO HISTÓRICO-NACIONAL.

Ayuntamiento de Madrid



PESCADORES DE LA COSTA DE NORMANDÍA.

Antonio permaneció un momento inmóvil, sin saber qué partido tomar: el hombre se había abrazado á sus rodillas, gimiendo angustiado:

— ¡Padre, por María Santísima no me pierda, que tengo diez hijos...!!

— ¡Hermano de mi corazón! exclamó el jesuita, levantándole en sus brazos. ¡No temas...! ¡que yo te pondré en salvo...! ¡te lo juro!

(Se concluirá.)

LUIS COLOMA, S. J.

ETHNOGRAFÍA

LOS ZINCALIS Ó GITANOS

(Continuación.)

PARECE que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo: y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte."

Así principia la *Gitanilla de Madrid*, novela de Cervantes, el cual luego introduce á su heroína con estas palabras:

"Una, pues, de esta nación, gitana vieja (que podía ser jubilada en la ciencia de Caco) crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro, ni curtir las manos, y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitanos, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas, etc."

Entre las varias anécdotas que corren por cuenta de la vida y obras del gran Cervantes — autor tan olvidado en vida como honrado después de muerto, — cuéntase que, reinando el Sr. D. Felipe II, apareció por las calles de Madrid una joven gitana, que lució como un meteoro; danzando y cantando con otras gitanas, pero tan superior á todas por su hermosura, gracia y voz, que era de ver cuál en torno de ella se apiñaba siempre la muchedumbre, y de todas partes le llovían sendos reales. Hasta el rey quiso verla; los poetas le hacían versos, y tenían á gran dicha que ella se dignase cantarlos; algunos señores se enamoraron de ella; y en fin, un joven cortesano abandonó su familia, y por ella se metió á gitano. Al cabo se descubrió que la muchacha era la hija de un corregidor, á quien se la robó de niña la vieja hechicera, que pasaba por abuela suya; y como se deja suponer casó con su fiel y tierno amante. — Esta es la anécdota, y este el asunto de la novela de Cervantes; pero falta saber si la novela precedió ó no á la tradición. A lo menos este es mi dictamen, porque, si bien los zincalis tal vez hayan robado infantes, siempre debieron de hacerlo con la esperanza de una pronta é inmediata ventaja, y no para aumentar con ellos el número de sus hijos: que los zincalis de todos los países harto trabajo tienen con mantener á su propia prole. Si es cierto que los de España hurtaron infantes, serían estos infantes de *bueno y seguro comercio*, y no chiquillos llorones, sino buenos mozos y lindas doncellas de cierta edad, que vendían á los berberiscos. No hay pues razón para hacer semejante cargo á los gitanos de Inglaterra, los cuales, pudiendo apenas mantener á sus hijos, cierto irían con gran gusto á encargarse de los ajenos. Mas si ellos no, sus antepasados cometieron realmente ese crimen, designado en nuestro idioma con la voz *Kidnapping*; y en verdad aquel *comercio de blancos* era un crimen muy lucrativo entonces, cuando en las mismas calles de Londres se robaban anualmente centenares de personas para remitirlas y venderlas á los plantadores de las orillas del *Delaware*. Las desventuradas víctimas de tan abominable *presa*, en la cual buena parte les cabía á los cristianos, eran *muchachos* ya crecidos y bastante robustos, para soportar los trabajos de la servidumbre á que les destinaban.

Desde la *Preciosa* de Cervantes hasta la moderna

Esmeralda, más de una novela estriba en aquella falsa opinión; y exceptuando los *zinganis* del célebre Pushkine, y otro cuento ruso, que hace algunos años se publicó en San Petersburgo con el título de *Zigani B. Masbaï* (*los zinganis de Moscou*), todos esos libros son una prueba de cuán poco conocían sus autores las costumbres de los zincalis ó rommanys. Tampoco la *Gitanilla*, á pesar de su popularidad y de las muchas bellezas que contiene, es la mejor novela de Cervantes. En ella sólo dos personas no pertenecen á la raza gitana, el héroe y la heroína; y sin embargo todos los demás gitanos son *busnis* (cristianos) disfrazados, que hablan como nunca hubiese hablado un gitano verdadero, aun cuando describen con bastante exactitud la vida nómada de su raza. Más se le entendía á Cervantes de las posadas y ventas que de los aduares gitanos; y la obra maestra de sus preciosas novelas es la descripción de la vida picaresca en *Rinconete y Cortadillo*, historia que quizás podría ser una prueba de que, en su azarosa carrera, el autor de *Don Quijote* ejerció por algún tiempo el cargo de alguacil, como lo asegura uno de sus biógrafos.

Hay empero una novela española intitulada: *El donado Habrador: vida y venturas de Alonso, mozo de muchos amos, compuesta por el doctor Jerónimo de Alcalá, Yañes y Ribera*, natural de Segovia, el cual escribía á principios del siglo XVII. Es un libro notable por su originalidad *caprichosa y satírica*, por esa gravedad y calma que tan bien expresa el carácter español, y sobre todo por el conocimiento del corazón humano. *Gil Blas*, que, sea dicho de paso y con el respeto debido á su gran mérito, es en su mayor parte una compilación entresacada de antiguas novelas españolas, y ejecutada con muchísimo arte y superior talento, *Gil Blas* en muchos puntos no aventaja al doctor de Segovia. Alonso sirve á toda clase de amos, desde el sacristán de una aldea de Castilla la Vieja hasta el finchado hidalgo de Lisboa; y casi todos tienen que plantarle á la calle por su natural habladuría, y su incorregible manía de criticar los defectos. Entrando en fin como donado en un convento, goza algún tiempo de la amistad del padre vicario; pero acaba por ofenderle á él y á los demás con la gran libertad de sus palabras. Despedido de aquella santa casa tras una reprimenda, va andando hasta que en una sierra da en manos de los gitanos. Según es viva y animada la descripción que de ellos hace, estoy por creer que el autor debió de vivir algún tiempo entre aquella raza. He aquí un pasaje muy notable:

"Poco más de una legua había caminado por aquella espesura, cuando no muy lejos de adonde estaba vi que salía gran cantidad de humo, y coligiendo, como buen filósofo, que sin falta allí había lumbre, y si lumbre, que algunos estarían habiéndola, porque ya era cerca de anochecer, y corría un aire demasiado frío, procuré de enderezar mi jornada hacia aquella parte, no siendo menester caminar mucho, porque inopinadamente sentí que me abrazaban por las espaldas: volví la cabeza y halléme asido de dos hombres no tan hermosos como flamencos ó ingleses, sino amulatados, mal vestidos y malos rostros: díles el bienvenidos, sabe Dios con qué ansia de mi corazón, preguntándoles qué me mandaban en su servicio; y ellos á lo gitano, ceceando un poco, me dijeron que me fuese con ellos á su aduar, porque allí estaba el señor conde. En buenas manos he caído, dije entre mí, no dejaremos de medrar, buena noche se me apareja; pero al fin, haciendo la fuerza virtud, les respondí: Vamos, señores, donde ustedes gustaren, y guiando por la espesura del monte, llevándome en medio para no perderme de ojo, me preguntaron dónde estaba el jumento en que venía, ó en dónde le había dejado. Conmigo viene siempre, les respondí, que como tan devoto del padre San Francisco, soy mal ginete de á caballo, y por ahorrarme de coste, vengome á pie. Con estas y otras plazas llegamos al aduar de los hermanos, que con los silbos que mis guardas habían dado antes de llegar buen rato para señal de la caza que llevaban, nos estaban aguardando; y más de un tiro de piedra nos salieron á recibir dos gitanillas y tres muchachos con gran regocijo; preguntáronnos si venían otros pasajeros con nosotros. Sólo viene, que á tardarse más en llegar á nuestro puerto, sin traer nada nos volvíamos, respondieron mis centinelas; y yo, deseoso ya de ver en qué paraba mi desdicha, me vine á hallar entre más de cuarenta entre hombres y mujeres, sin los muchachos, que entre ellos andaban desnudos en carnes, de razonable edad. Presentáronme ante el señor conde, persona á quien todas ellas respetaban, y tenían por su juez y gobernador de aquella desconcertada república; y recibíendome con algún agasajo, me hizo desnudar hasta la camisa, dejándome como cuando salí del vientre de mi madre. Repartióse mi ropa entre los muchachos desnudos,

y los pocos dineros entre todos. Estúveme yo mirando mis desdichas, mudo, sin replicar en cosa, obediente á cuanto me mandaba; y decía entre mí: ¡oh si siempre hubiera sido tan callado, cuánto me valiera! Por lo menos ya que no tuviera amo, no me echaran del convento aquellos santos religiosos; pero ya es hecho, venga lo que viniere, que con la muerte todo se acaba: no faltó de la junta quien pretendía que se me diese, alegando ser razón de estado quitarme la vida, porque no los descubriese, y á no haber otros mejor intencionados, que movidos de lástima de verme afligido y tan congojado que rogaron por mí, tuviera efecto su mal deseo, que en todas las juntas hay buenos y malos pareceres. Ya verá usted cómo podía yo estar hecho un segundo Adán, y sin tener una hoja de higuera con que cubrirme; repartidas mis pobres alhajas entre aquellos sayones, que aun el calzado que tenía me le pidió Catalina para su muchacho Juanillo; y yo por imitar de todo punto al pacífico Job, me descalcé, y se los dí, acordándome de un pobre pasajero que caminando por Cataluña cayó en manos de unos bandoleros, desnudáronle, y habiéndole mirado lo que llevaba, le hallaron setenta reales, y preguntándole adónde había de ir, respondió que á cumplir una promesa á la Virgen de Monserrat. Cerca está vuestra jornada, dijo el que había tomado el dinero: de aquí al convento hay doce leguas, tomad esos siete reales, que esos señores os hacen merced, y caminad con la paz de Dios. El buen hombre, desesperado de ver el mal trato de aquella mala gente, cuán contra conciencia le quitaban su remedio, con mucha cólera dijo: ¿hay maldad como esta? yo pediré al cielo justicia, y el día del juicio os demandaré mal y caramente. El ladrón, que oyó sus amenazas, riéndose de él le detuvo, diciendo: si hasta el día del juicio me lo fias, déjalo acá todo y camina sin blanca, y no le dejó un solo maravedí para su camino. Así yo, hacer bravatas, maldecir mi suerte, ni á mis contrarios, parecíame disparate... Yo pues sin maldecir ni poner excusa, dí todami ropa, hasta quedar en carnes: sólo por la honestidad guardé una mantilleja, que me solía servir á mis achaques de estómago; y entonces la apliqué como paños menores, y aun estos no me quisieron perdonar, porque llegándose á mí otra gitanilla, me dijo: muestra, muestra, que con ese paño abrigaremos la tripa de Antónito, que anda muerto de frío; no es de provecho, la respondí, porque aunque es paño está muy viejo, roto y muy raído, sin ningún pelo; como quiera que se aprovechará, replicó la mala vieja, y sin querer aguardar más respuesta su excusa, me la quitó, deseando en aquel punto yo volverme algún salvaje para que con el vello cubriese mi desnudez y deshonestidad, pero sin duda alguna aquella desalmada mujer había leído aquel cánon de Avicena, que dice: *Etiam in vilibus summa virtus inest*. También en las cosas de poca estima y precio hay grande virtud. El mal de su hijuelo quería que se curase á mi costa, no reparando en el daño que á mí se me podría seguir... Al fin, sin andar en pajas, me hallé sin mis alhajas en cueros.

(Se continuará.)

ROBESPIERRE

JORNADA PRIMERA

EL COMITÉ DE SALVACIÓN PÚBLICA

Sala de audiencia del Comité de Salvación pública. Puerta á la derecha, balcón á la izquierda. En el centro de la pared del fondo, una estatua que representa la Libertad. A cada lado una puerta. En el centro de la sala, mesa cubierta con tapete verde y varios sillones al rededor.

Escena primera.

BILLAUD VARENNES, COLLOT D'HERBOIS, DUPONT, UN PORTERO.

(Los dos primeros sentados á la derecha. Dupont, secretario, á la izquierda. El portero de pie esperando órdenes.)

COLLOT.

(Al portero.)

¿Hay personas que soliciten audiencia?

PORTERO.

Sí, ciudadano Collot d'Herbois.

COLLOT.

¿Han sido registradas al entrar?

PORTERO.

Los que traían armas, las han dejado en el cuerpo de guardia.

COLLOT.

Que vayan entrando por orden y ni tú ni tus dependientes las perdáis de vista. (El portero quiere hablar.) Basta: (Sale el portero.)

Escena II.

DICHOS, MENOS EL PORTERO, FERRAND.

(Por la derecha.)

COLLOT.

(A Ferrand.)

¿Quién eres tú?

FERRAND.

Cuando era esclavo me llamaba Luis Ferrand. El bautismo republicano me ha dado el nombre de Leonidas.

COLLOT.

Al grano, ciudadano Leonidas. ¿Qué vienes a decirnos?

FERRAND.

Tengo casa de huéspedes en la calle del Temple, y entre ellos está un hijo del general Custine, guillotinado en el día de ayer por traidor a la República.

BILLAUD.

¡Cómo! ¿y no ha sido todavía preso llamándose Custine?

FERRAND.

No, ciudadano Billaud, pero apenas supe la muerte del padre, entregué la denuncia del hijo al Comisario del barrio.

COLLOT.

Y al ver que tu casa sigue contaminada por el infame aliento de un Custine, has venido a hacer directamente la denuncia al Comité de Salvación pública. Has hecho bien. ¿Sabes si ese joven conspira?

FERRAND.

No he observado en él nada capaz de infundir sospechas, hasta ayer que le sorprendí en su cuarto llorando.

COLLOT.

Llorando, ¿y por qué?

FERRAND.

Tenía en la mano un periódico con la relación de la muerte de su padre.

COLLOT.

¡Ah! ¿Con que lloraba la muerte de un conspirador!

FERRAND.

Esa misma observación le hice yo; pero él se excusó con la voz de la naturaleza.

COLLOT.

Esa es una voz reaccionaria. Ya la hará enmudecer la guillotina. ¿Su nombre?

FERRAND.

Héctor.

COLLOT.

(Al Secretario.)

Mandato contra Héctor Custine. (A Ferrand.) ¿Tienes más que decir? (Señal negativa de Ferrand.) Pues sé mudo y retírate. (Vase Ferrand. Sale el portero y entrega un papel a Collot. Este lo recorre con la vista.) Una denuncia sin firma contra la duquesa de Noailles.

BILLAUD.

Una vieja de ochenta y cuatro años. ¿Y qué ha hecho?

COLLOT.

No ha contestado a un patriota que la gritó: ¡Mueran los aristócratas!

BILLAUD.

Cómo había de contestar, si es sorda como una tapia.

COLLOT.

No importa; diremos que conspira sordamente contra la República. (Entrega la denuncia al Secretario.)

Escena III.

DICHOS, BERTRAND.

COLLOT.

¿Tu nombre?

BERTRAND.

Pedro Bertrand.

COLLOT.

¿Qué tienes que revelar al Comité?

BERTRAND.

He averiguado que el ciudadano Corvisart, jefe de mi sección y empleado en los consumos de París, sirvió en otro tiempo en la administración militar del ejército del traidor Dumouriez y huyó con él al extranjero.

COLLOT.

Mira lo que dices. Corvisart es montañés y miembro del club de los jacobinos.

BERTRAND.

Respondo con mi cabeza de la veracidad de la denuncia. Aquí la tenéis con mi firma.

(Entrega un papel a Collot.)

COLLOT.

Está bien: si Corvisart es un traidor, tu ocuparás su plaza en los consumos y él ocupará la suya en el cadalso. Puedes retirarte. (Al Secretario pasándole la denuncia.) Orden de prisión contra Corvisart (Vase Bertrand.)

SECRETARIO.

¿Me permites una observación, ciudadano Collot?

COLLOT.

Habla.

SECRETARIO.

Ese hombre ha padecido una equivocación. El Corvisart que está empleado en los consumos, es padre del que sirvió con Dumouriez, el cual, se halla todavía en la emigración. Padre é hijo tienen el mismo nombre y esto es lo que ha inducido en error al denunciante. Corvisart padre es un patriota a toda prueba.

COLLOT.

La justicia republicana debe ser igual para todos. Nada de privilegios. ¿No se acaba de dictar orden de prisión contra Custine por ser hijo de su padre? Pues procede hacer lo mismo con Corvisart por ser padre de su hijo.

BILLAUD.

(Riendo.)

Es claro, extiende la orden.

COLLOT.

Y pon otra contra el denunciador, para que no vuelva a confundir las generaciones.

Escena IV.

COLLOT, BILLAUD, DUPONT, EL PORTERO, LUÉGO CORVISART.

PORTERO.

Un ciudadano que se dice miembro de los jacobinos, solicita ser oído por el Comité.

COLLOT.

¿Cómo se llama?

PORTERO.

Se llama Pedro Corvisart.

COLLOT.

¡Por Júpiter! No podía llegar más oportunamente. Que suba un cabo con cuatro hombres de la guardia, y que espere a la puerta nuestras órdenes. Que entre el ciudadano Corvisart.

(Vase el portero.)

CORVISART.

(Entrando.)

Salud y fraternidad a los salvadores de la patria.

COLLOT.

Habla y sé breve. ¿Qué tienes que manifestar?

CORVISART.

Vengo a decirlos que mientras vosotros os desveláis por la salvación de la república, hay a vuestro lado un individuo que, abusando de la confianza que le dispensáis, está procurando el descrédito de la nación.

COLLOT.

¿Es posible?

CORVISART.

Ese particular ha dicho delante de mí y de otros patriotas, que los asignados tendrán con el tiempo menos valor que el papel de estraza.

BILLAUD.

Si eso ha dicho, no lo dirá dos veces. ¿Su nombre?

CORVISART.

Ahí le tenéis: Dupont, Secretario del Comité.

DUPONT.

(Levantándose.)

Escucha, Corvisart, ya se á lo que vienes; pero no debes ignorar que el hombre á quien acusas villanamente, te acaba de defender ante el Comité de una imputación semejante.

CORVISART.

La gratitud es una flaqueza. Yo no conozco otro sentimiento que el de la patria.

COLLOT.

(Cogiendo la orden de prisión extendida contra Corvisart.)

Has dicho bien; pero es el caso que la patria tiene extendida una orden de prisión contra ti.

CORVISART.

(Entregando un papel a Collot.)

Entérate de lo que dice ese papel.

COLLOT.

(Pasando por él la vista.)

¡Ah!...

BILLAUD.

(A Collot en voz baja.)

¿Qué papel es ese?

COLLOT.

(Aparte a Billaud.)

Una nota de letra de Robespierre, para que se encarcele á Dupont y se dé su plaza á Corvisart.

BILLAUD.

(Idem, idem.)

Es un espía que pone á nuestro lado. ¿Y hemos de tolerarlo?

COLLOT.

(Idem.)

Disimula. (Toca la campanilla y dice al portero que acude.) Que entren los soldados de la guardia. (Al cabo que entra con los soldados.) Conduce á la prisión de la Abadía de orden del Comité, á ese ciudadano.

(Señalando á Dupont.)

DUPONT.

No me sorprende. Conozco á ese miserable: es un espía de Robespierre. (Aparte.) Por eso le defendí y llevo el justo premio de mi cobardía.

(Sale en medio de los soldados.)

COLLOT.

(Rompiendo la orden de prisión contra Corvisart.)

Ciudadano Corvisart, ocupa el puesto de ese traidor. Te ha recomendado Robespierre y no podías presentar mejor atestado de civismo.

(Corvisart ocupa el puesto de Dupont.)

BILLAUD.

(Aparte.)

¡Insolente! Sus recomendaciones son órdenes disfrazadas.

COLLOT.

(Aparte a Billaud.)

Mira que se nos vigila. (Alto, viendo entrar á Grillon.) ¿Qué hay de nuevo, ciudadano Grillon.

C. SUÁREZ BRAVO.

Se continuará.)

REVISTA CIENTIFICA

Cambio de ojos, y no más ciegos.—Según leemos en diarios y revistas extranjeras, es ya un hecho que el que no esté contento con el color de sus ojos, puede cambiarlos, como se cambia de vestido, ó por los de un conejo ó por los de un perro: no falta donde escoger. La noticia sorprenderá á muchos, y tal vez no falte alguno que, á pesar de creerlo imposible, desee allá en su interior que sea verdad: tan cansado esté de sus ojos pardos ó azules ó de otro color que no esté de moda. Nosotros aconsejamos que si puede leer esto con los que Dios le dió, no los cambie por ningunos otros, así sean de los más hermosos y de los que más llamen la atención. Pero exponamos el hecho tal cual nos le cuentan los diarios. El 4 de Mayo de 1885 tuvo M. Chibret el atrevido pensamiento de reemplazar el ojo enfermo del hombre por el sano de un animal. El sujeto en quien llevó á cabo su temeraria empresa era un joven que hacía diecisiete años que padecía estafiloma. Tan pronto como extrajo el ojo enfermo, arrancó el de un conejo, y teniendo sumo cuidado de conservar los tejidos, le introdujo en la órbita; pero á los pocos días el ojo del conejo reventó. Pasado algún tiempo, quisieron M. Terrier y M. Rohmer hacer la misma prueba, sustituyendo el último el ojo del conejo por el del perro: la tentativa no dió resultado, pues transcurridos algunos días, hubo precisión de arrancar el ojo implantado

1 De la Revista Agustiniana, de Valladolid.

por el temor de una oftalmía simpática. No se acordó por esto M. Bradfort, médico de Boston, quien á pesar de conocer los malos resultados de las tentativas hechas, se determinó á operar á un marino, introduciendo algunas ligeras modificaciones en el método seguido por sus antecesores. Unió al nervio óptico del ojo arrancando el nervio óptico del ojo del conejo, poniendo inmediatamente un apósito que no levantó hasta el séptimo día. El éxito no pudo ser más satisfactorio, pues el ojo inyectado apareció duro, con la córnea clara y transparente y dotado de todos los movimientos. El método del doctor neoyorkino parecía excelente, y M. Terrier se decidió á ensayarle; pero experimentó un nuevo desengaño. De manera que de cinco tentativas hechas, una sola ha dado resultado: sería por tanto imprudente y temerario someterse á tales ensayos. Adviertan nuestros lectores que no se trata de dar la vista á quien la haya perdido, sino sólo de sustituir el ojo enfermo del hombre por el de un animal, y dar al individuo un ojo vivo en vez de un ojo de vidrio. Si lo que acabamos de exponer llegara á conseguirse, constituiría un adelanto notable; pero nada significaría al lado de dar vista á los ciegos, y parece cosa puesta fuera de toda duda, que el Sr. Emilio Martín, doctor de Marsella, lo ha conseguido.

Un sencillo razonamiento ha hecho concebir al ingenioso doctor la idea de hacer participantes á los ciegos de los puros goces que nos proporciona la luz. Todo el mundo sabe que la luz penetra en el ojo por un verdadero vidrio ó córnea transparente, y que atravesando los diversos medios de que se compone el órgano de la visión, proyecta en el fondo de la retina la imagen de los objetos exteriores invertida, á la manera que se proyecta sobre el cristal deslustrado en la cámara fotográfica. En los ojos de la mayor parte de los ciegos no puede penetrar la luz, precisamente porque el vidrio anterior no le da paso, ó sea porque la córnea es opaca, y si en tales condiciones es imposible la visión es debido á que la retina no puede ser impresionada. Después de examinar con detención los ojos de los ciegos que se presentaban en su clínica adquirió el Sr. Martín el convencimiento de que en la mayor parte de ellos no había otra lesión más que el defecto indicado, por lo cual se propuso investigar un medio para hacer penetrar la luz en los ojos de esos desgraciados. Empezó con decidida fe numerosos ensayos en los animales, y en todos ellos obtuvo un éxito completo. ¿Qué era necesario para producir los mismos efectos en el hombre? Inventar una córnea, un vidrio artificial que permitiera la entrada de los rayos de luz en lo interior del globo ocular: á esto se reduce el portentoso invento del doctor Martín. Después de numerosas modificaciones en su córnea artificial, ha venido por último á darle la forma de un clavo hueco hecho de oro ó platino. Este maravilloso clavo hace que el ojo extinguido se reanime y vea, no ofreciendo inconveniente alguno la introducción de este pequeño aparato en las membranas oculares, si hemos de creer á la Academia de Medicina. Para operar, lo primero que hace el doctor Martín es mudar el eje del ojo de manera que la córnea opaca ó inútil venga á caer hacia el ángulo nasal; introduce luego la córnea artificial en el centro de la superficie blanca del ojo y la fija por medio de un hilo de seda, sin que el paciente experimente apenas dolores. Transcurridos algunos días, durante los cuales se adapta el aparato perfectamente al ojo, abre el operador el orificio central para que la luz penetre hasta la retina. Si, como sucede muchas veces, la retina está sana, inmediatamente se ven los objetos. Deseamos que los que necesitan tal operación sean trasladados de las tinieblas á la luz.

Anteojo astronómico para los aficionados.—En uno de los números de nuestra Revista hemos dado la descripción de un ecuatorial muy propio de los aficionados é inventado por un ilustre sacerdote francés. Como quiera que los estudios de la astronomía exciten la curiosidad de muchos, que no por esto pretenden ponerse á la altura de Arago ó el P. Sechi, creemos oportuno transcribir de la excelente revista *El Cosmos*, dirigida hoy por la benemérita Congregación de PP. Agustinos de la Asunción, algunas indicaciones sobre el modo de usar y conservar el principal instrumento del astrónomo, el anteojo.

A pesar de los grandes progresos hechos en la construcción de telescopios, un aficionado no dudará en preferir á éstos los anteojos de lentes acromáticas, no sólo por obtener en ellos imágenes más limpias, sino también por exigir menores cuidados su conservación. Preferido el anteojo, ocurre preguntar: ¿es mejor que sea de grandes, ó pequeñas dimensiones? La cuestión no está aún resuelta, y se disputa si los telescopios gigantes contruñidos en los

modernos tiempos son más ventajosos que los instrumentos de regulares dimensiones. Pero un aficionado que empieza, desea con seguridad poseer un gran anteojo, persuadido de que con él verá mejor, cuando precisamente sucede todo lo contrario, á no ser que uno sea ya práctico. Para ser hábil astrónomo no basta tener un buen instrumento, como no basta para ser un ingenioso relojero tener los mejores aparatos de construcción. Algunos se imaginan que basta mirar por el anteojo para descubrir las maravillas que nos describen los astrónomos en sus libros: hagan una sola prueba y se convencerán de lo contrario; para ver por el anteojo se necesita mucha práctica y tener hábitos de fijarse en los más pequeños detalles. Para probar quién tiene ó no disposiciones para observar, hágasele que se fije bien en una pequeña porción de un objeto, y cuando asegure que ningún pormenor se le oculta, oblíguesele á formar un diseño de esa pequeña porción, valiéndose siempre del anteojo: si logra diseñar las partes con su propia forma y colorido, sin disputa puede tenersele por hábil observador.

La disposición del anteojo astronómico es conocida de todos, y á nadie se le oculta que su mérito principal consiste en el objetivo, el cual exige mucha delicadeza en su construcción para obtener el acromatismo perfecto. El buscador que de ordinario acompaña al instrumento, no es más que un pequeño anteojo de débil potencia, pero de gran campo, colocado paralelamente al eje del mayor. La línea de visión del buscador está determinada por la retícula, que consiste en dos hilos sumamente finos cruzados en ángulo recto. Si el eje del buscador es completamente paralelo al del anteojo mayor, la imagen de un objeto que se encuentre en el cruce de los hilos, por precisión ha de encontrarse en el campo del anteojo. La montura de éste puede ser varia: algunos prefieren la *asimutal*; pero en nuestro humilde sentir es más ventajosa la *ecuatorial*. Para encontrar fácilmente el objeto que se desea observar, máxime cuando tiene poco brillo, conviene hacer uso de los mapas celestes para fijar bien su posición y poder manejar el buscador con conocimiento de causa.

Para ver con limpieza un objeto es preciso enfocar bien el anteojo, valiéndose del tornillo que pone en movimiento al ocular. Cada observador debe buscarse el foco más acomodado á su vista; pues sabido es que el foco varía, siendo distinto para los miopes y para los presbítes. Esta operación es de suma importancia: se conoce si el anteojo está bien ó mal enfocado, cuando después de presentarse la imagen clara y distinta, cualquier movimiento hacia adelante ó hacia atrás del ocular basta para que la imagen se presente más oscura. Si el ocular puede recibir movimientos alternativos sin que por esto se noten en la imagen grandes alteraciones, es señal de que el instrumento no tiene condiciones de precisión. Los objetivos de los grandes anteojos suelen ser de *flint-glas*, por lo cual contienen varias burbujas, cosa que al parecer es un defecto, pero que en realidad nada perjudica al objetivo. Lo que le perjudica considerablemente son las rayas y estrías, así sean tan finas que apenas puedan descubrirse á simple vista. Para cerciorarse de si el objetivo tiene ó no estos defectos, no hay más que colocar el instrumento frente por frente de un objeto de fondo blanco y cuyas tintas sean lo más iguales que sea posible. Sácase entonces el ocular, y el objetivo aparece como un disco claro sobre el cual se destacan las rayas y estrías más finas como filamentos sombreados. La conservación del objetivo en buen estado apenas exige precauciones. Muchos creen que tener las lentes del anteojo sin un átomo de polvo es facilitar la visión, por lo cual las limpian con frecuencia frotándolas con una piel ó con un lienzo. Es una costumbre que debe desterrarse en absoluto: un poco de polvo en el objetivo nada influye en las observaciones, y el frote con la piel ó el lienzo puede rayar el cristal, á causa de los granitos de cuarzo que de ordinario se encuentran entre el polvo. Cuando se haya de limpiar el objetivo conviene hacerlo con un pincel muy fino, dándole la última mano con una tela muy suave. Si con el tiempo y el uso, la humedad y el polvo se introducen entre los dos cristales que constituyen el objetivo, hasta el punto de formar un depósito de color negro, entonces se embala con todo esmero y se envía á un verdadero óptico, pues la limpieza y reunión de las lentes son operaciones demasiado delicadas para que pueda hacerlas uno mismo sin tener práctica de ello.

Para hacer las observaciones conviene alejar toda luz del instrumento, precaución que no observan los principiantes, pero que es necesaria para poder ver con toda claridad los objetos poco iluminados: jamás sin esta precaución hubiera descubierto Hers-

chell las nebulosas y los satélites de Saturno y Urano. «Veinte minutos, decía este ilustre astrónomo, no me bastaban para poder ver en el telescopio objetos muy delicados, cuando de una habitación iluminada pasaba al observatorio.» Herschell hijo refiere que no podía ver los satélites de Urano sino después de estar un cuarto de hora mirando por el telescopio y alejado de toda luz; y Arago escribe que después del paso de una estrella de segunda magnitud por el campo del anteojo, son necesarios veinte minutos para que la vista recobre su tranquilidad.

Otro de los defectos en que suelen incurrir los principiantes es el empleo de oculares de gran potencia, á propósito de lo cual decía Fraunhofer, que las lentes de grande aumento eran para los malos observadores, en lo cual no dejaba de tener razón. Hay circunstancias en que es preciso recurrir á oculares de gran potencia; pero son las menos frecuentes para los principiantes: lo que conviene á éstos es habituarse á mirar por el anteojo y á elegir los aumentos convenientes de los objetos, teniendo en cuenta su naturaleza y las condiciones atmosféricas. Para las observaciones de las nebulosas convienen lentes de débil potencia, así como se requieren mayores para el sol, pero sin que pasen de ciertos límites. Para observar este astro la hora más conveniente es las nueve de la mañana, teniendo siempre cuidado de servirse de un cristal oscuro, para que el demasiado brillo no perjudique la vista. Venus no requiere lentes de gran potencia; pero sí son utilísimas para Júpiter y Saturno. Con anteojos de mediana magnitud se obtienen hermosas imágenes de la luna, máxime cuando se la observa estando bastante alta y en noches claras y serenas.

Para que las observaciones sean exactas, preciso es hacerlas en tales condiciones atmosféricas, que contribuyan á la claridad de los objetos, y no son siempre las mejores, como á primera vista pudiera creerse, aquellas en que el cielo se presenta despejado, pues muchas veces se tropieza en tales circunstancias con dificultades que impiden ó hacen sumamente costosa la elevación: las mejores noches son por lo regular aquellas que siguen á una tempestad, durante la cual la lluvia y el aire han purificado la atmósfera. No pueden darse reglas para esto: sólo una larga experiencia puede dar á conocer las condiciones más ventajosas en que se han de hacer las observaciones. Lo ordinario es que en noches tranquilas y claras y en puntos elevados y, á ser posible, alejados de toda gran población, cerca de las cuales siempre la atmósfera está cargada de diversos vapores, se distinguen mejor los astros y todos sus pormenores.

Con estas precauciones pueden los aficionados dirigir su anteojo á la bóveda celeste, y sin necesidad de calcular las órbitas de los planetas, podrán saborear los puros goces que proporciona la contemplación de esos mundos lejanos, que tan alto pregonan la gloria de Dios.

Teléfonos mecánicos.—Hace ya algunos meses que teníamos conocimiento de los teléfonos mecánicos, que han comenzado á usarse en América; pero como no nos inspiran gran confianza las noticias que vienen del Nuevo Mundo, especialmente si su procedencia es neoyorkina, no habíamos juzgado prudente comunicárselo á nuestros lectores; mas ya que muchas publicaciones, así nacionales como extranjeras, dan cabida en sus columnas á tal noticia, justo nos parece no privar de ella á nuestros suscriptores. Véase cómo describe los teléfonos mecánicos *La Lectura Católica* de Madrid en el número del 19 de Febrero:

«Hoy día que tanta aplicación se hace del teléfono, creemos que es interesante hacer público cuantas innovaciones progresivas se vayan realizando para perfeccionar dicho aparato. En este concepto, y como á título de curiosidad, creemos oportuno describir un nuevo teléfono mecánico instalado en Jersey (América), cuyo sencillo mecanismo no deja de constituir un verdadero adelanto en el importante asunto que nos ocupa. Este aparato, que sirve para hablar y escuchar, y que lo forma un diafragma constituido por una ligera placa en trozos de caña, recibe sobre una circunferencia concéntrica cierto número de hilos, que se reúnen todos, formando un cono, de cuyo vértice parte el conductor, que debe estar bien tenso. Los aparatos de este género reunidos por un hilo puesto en línea recta, permiten el cambio de la palabra á distancia de mil metros. Pero dadas nuestras costumbres, un sistema telefónico no es completo si los poseedores de los aparatos no pueden ponerse mutuamente en relación directa, circunstancia que los inventores del teléfono mecánico de que hablamos han tenido la ingeniosidad de salvar.»

En efecto: todos los hilos de los abonados convergen en un punto que sirve de estación central.

Llegados á este punto central, los hilos penetran por una abertura á través de un disco de tela fuerte ó de cuero, y están fijados en el interior por medio de remate ó presilla. Aquí se bifurcan, y dos hilos poco tirantes van uniéndose á un círculo horizontal de hierro, puesto en el centro del aparato, que se completa con una lámina también de hierro en hélice, la cual se eleva ó baja del círculo horizontal, estando además dispuesto para recibir en un punto cualquiera la unión de las palancas. Cuando un abonado quiere hablar con otro, previene á la estación por medio de un timbre eléctrico; el empleado del puesto central fija su teléfono al hilo del que avisa, recibe sus instrucciones, y previene á la persona con quien desea hablar, colocando convenientemente al propio tiempo los segundos hilos de los abonados sobre los de las poleas que hay en las palancas, sostenidas por la lámina de hierro en espiral. Los resultados son bastante satisfactorios, pues á pesar de las desviaciones y de los ángulos que forman los hilos en su curso, las articulaciones vocales se perciben claramente á cerca de 800 metros. Se nos olvidaba manifestar que la forma en espiral de la lámina superior, no tiene más objeto que permitir se establezcan á un mismo tiempo muchas conexiones entre los hilos, puestos los unos encima de los otros, de modo que no se encuentren en un trayecto ó curso. Por último, la instalación de estos teléfonos mecánicos es mucho menos costosa que la de los micrófonos y teléfonos eléctricos."

Arqueología. — De la misma revista tomamos la siguiente curiosa noticia relativa á un nuevo descubrimiento hecho en Pompeya. «Se han encontrado en el templo de Juno, descubierto no ha mucho en Pompeya, más de 300 esqueletos. Caen éstos convertidos en polvo así que se descubren: eran los de las mujeres y niños que fueron sepultados bajo la ceniza ardiente lanzada por el volcán en el momento en que ofrecían en el templo un sacrificio á la diosa, con el objeto sin duda de implorar su protección contra la terrible catástrofe que amenazaba. Uno de los esqueletos, que se cree sea el de la gran sacerdotisa, á juzgar por las ricas alhajas con que estaba cubierto, tenía aún sujeto al brazo, por medio de un anillo de oro magníficamente cincelado, un incensario del mismo metal lleno de perfumes calcinados. El incensario tiene la misma forma que los que se usan hoy en las ceremonias de la Iglesia católica, es de un trabajo admirable y está esmaltado con piedras preciosas. La estatua de la diosa es una de las cosas más magníficas que se han descubierto en las ciudades sepultadas bajo la lava: son los ojos de esmalte; tiene en los brazos, en las gargantas de los pies y en el cuello, alhajas y brazaletes con gran finura y de una forma admirable. El pavo real, colocado á un lado, es también casi todo de piedras preciosas. La trípode puesta delante del altar es toda de oro, trabajada tan admirablemente como el incensario.

Había también en el templo lámparas de bronce, de hierro, de plata y de oro, cinceladas con arte, con follaje de árboles y de parra, intercalados con flores y frutos magníficamente concluidos. Todo el pavimento al rededor del altar es de mosaicos, tan bellos como bien conservados, y el resto del pavimento del templo es de pequeños triángulos de ágata blanca y de purpura. Sólo el sitio donde se hacían los sacrificios está enlosado con mármol. Todos los instrumentos de que usaban en aquella ocasión, estaban aún sobre la mesa de bronce, y los vasos sagrados están llenos de una materia roja que se cree sea sangre.

MISCELÁNEA

El sábado 6 del corriente se verificó, como estaba anunciado, el casamiento de S. A. la Infanta doña Eulalia de Borbón con su primo el Infante don Antonio de Orleans. Refiriendo el acto decía un testigo presencial:

«Imposible era transitar por las espaciosas galerías que dan acceso á la capilla, dos horas antes de principiar la ceremonia religiosa. Esta comenzó poco después de las once. Delante del altar mayor se hallaban colocados cuatro sillones para los novios y sus padrinos; á la derecha, sobre un estrado y bajo dosel, el sillón para S. M. la Reina Regente, y á continuación, al nivel del piso, los restantes para los Reyes doña Isabel y D. Francisco de Asís, los Infantes duques de Montpensier, la Infanta doña Isabel, la condesa de París y el duque de Chartres.

» Por distintos lados de la galería han marchado á la capilla las comitivas de la Infanta doña Eulalia

y del Infante D. Antonio, habiendo regresado después juntas á la Real Cámara.

» Los grandes de España, mayordomos de semana, gentiles hombres y capellanes de honor, ocuparon los escaños del centro.

» Tanto las reales personas como sus damas y alta servidumbre vestían de riguroso luto, del mismo modo que cuando asistieron á la jura en el Congreso; se han exceptuado de esta resolución, por razones fáciles de comprender, la augusta desposada, que lucía un magnífico traje blanco con el tradicional y poético ramo de azahar, y la condesa de París por ser la madrina.

» El Emmo. Sr. Cardenal González, Arzobispo de Toledo y Capellán mayor de palacio, ha dado las bendiciones nupciales á los nuevos esposos, asistido por el clero de la Real capilla. Su Eminencia, vestido de medio pontifical, con báculo, mitra y capa pluvial, y acompañado de los ministros, uno de ellos con la cruz, otro con el aspersorio y otro con la salvilla, en que iban las arras y los anillos, principió la ceremonia de la bendición llamada de las arras. Terminada ésta comenzó la Misa solemne de velaciones, en la cual SS. AA. comulgaron. Se observó en un todo lo preceptuado para estos casos por el Ritual Romano. Los Infantes oyeron arrodillados la santa Misa, y terminada ésta el señor Cardenal les dirigió una corta pero elocuente exhortación.

» La solemnidad religiosa terminó con un *Te Deum* entonado por el Excmo. Cardenal, y cantado á grandes voces por la orquesta de la Real capilla.

» Imposible sería citar los nombres de las personas que con carácter oficial concurrieron á este religioso y solemne acto. Estuvieron representados los Cuerpos Colegiados, el Consejo de Estado, el Cuerpo colegiado de la nobleza de Madrid, el Tribunal Supremo, el Tribunal de Cuentas del Reino, las Direcciones generales de las armas, las Ordenes militares, varias comisiones del capítulo de caballeros del Toisón de Oro, Carlos III é Isabel la Católica, la plana mayor del regimiento de húsares de la Princesa, del cual forma parte el Infante D. Antonio, los capitanes generales, etc., etc."

La exhortación á que se refiere el anterior cronista dice así, según el texto que después se ha publicado:

«El sabio y santo Pontífice (dijo el Cardenal á los recién casados) que hoy rige la Iglesia, después de la Encíclica *A Eterni Patris*, que formará época en la historia literaria del Catolicismo, publicó la *Arcanum divinae sapientiae*, en la cual expone la importancia moral, religiosa y político-social del matrimonio cristiano. Porque la verdad es que la condición moral, religiosa y social de los Estados, está en relación con el modo de ser de la familia.

» Dadme un pueblo en que la familia sea cristiana en su constitución, en sus costumbres, en sus aspiraciones y en sus obras, y yo os daré un pueblo en que subirá el nivel de la moralidad pública y privada y en que se afirmarán la paz, el orden, el trono y las grandes instituciones sociales.

» Y es que en la familia cristiana los esposos se aman, se respetan y ayudan; y el hogar doméstico viene á convertirse en altar de sacrificio, de oración y de modestia: en la familia cristiana los padres deben criar hijos para el cielo, enseñándoles el santo temor de Dios, la obediencia á las leyes divinas y humanas, y padres é hijos marchan hacia Dios y su Iglesia Santa, constituyendo así base muy sólida de las instituciones sociales, y mereciendo bien de la religión y de la patria.

» Y nadie extrañe que yo recuerde aquí los altos deberes del matrimonio cristiano, que el apóstol San Pablo llamaba sacramento grande en Cristo y en la Iglesia: debo esta honra, este derecho y este deber, al principio, verdaderamente democrático, de libre concurrencia á las dignidades eclesiásticas, en cuya virtud, si la historia general de la Iglesia presenta al humilde guardador de ganados ocupando el solio pontificio, al lado de los vástagos de la estirpe semirregia de los Médicis, la particular de la Iglesia española presenta la púrpura cardenalicia pasando de los Mendozas á los Cisneros, del gran prócer de Castilla al humilde fraile franciscano.

» Por lo demás, felicito á VV. AA., porque al acercarse á recibir las bendiciones del matrimonio cristiano, siguen los ejemplos de San Fernando, de San Luis y de los grandes emperadores de Austria, que fueron siempre antemural de la Iglesia y el Catolicismo contra los enemigos interiores y exteriores, como en nuestra patria Isabel la Católica, el solitario de Yuste y el fundador del Escorial.

» VV. AA. conservarán en su corazón y en sus obras tales ejemplos, á través de las vicisitudes de la vida presente, y en sus aspiraciones á la vida eterna. Y por lo que hace á V. A., serenísima Señora, recordará también que por algo ha sido bautiza-

da en la pila en que lo fué el patriarca y fundador de los frailes predicadores, y que corre por sus venas la sangre ilustre de Santo Domingo de Guzmán, ilustre porque á los ojos y en la balanza de Dios pesa más la sangre de los santos que la de los reyes.

» Réstame sólo implorar las bendiciones del cielo sobre VV. AA., la real familia y la nación española, en la que marcharon siempre unidas las glorias de la religión, de la monarquía y de la patria. Y concluiré con la palabra de la Escritura: «Que la paz de Dios, que sobrepuja á todo sentido, guarde y conserve sus corazones é inteligencias en Cristo Jesús, Señor Nuestro.»

Los diarios de París nos transmiten, ya en extracto, ya íntegra, la comunicación última que el célebre doctor Pasteur ha dirigido á la Academia de Ciencias.

Recuerda M. Pasteur el primer experimento que sobre la curación de la rabia hizo en un sér humano en el mes de Julio último, y asegura que desde entonces, es decir, desde hace ocho meses, el joven Meister se encontraba libre de todo síntoma rabioso.

«Se dice, añade el sabio fisiólogo, que el perro que le mordió no estaba rabioso, pero las autoridades de la comarca donde tuvo lugar el accidente abrieron una información, en la cual se demostró superabundantemente que el animal murió víctima de la rabia.»

Algunos meses después un pastor de pocos años, Jupilo, fué igualmente curado, gracias á las inoculaciones del virus.

Además, M. Pasteur consigna que hasta el día en que ha redactado la comunicación leída en la Academia de Ciencias, el número de enfermos por él curados se elevaba á más de 300.

Al terminar declara, fundándose en multiplicados experimentos, que la rabia se declara entre los cuarenta y los sesenta días, á contar desde el en que se verifica la mordedura, y pide que se abra un establecimiento de vacuna para la rabia, como lo hay para las viruelas.

La Academia ha aceptado el pensamiento, y pronto se pondrá en ejecución.

Nuevos descubrimientos. He aquí los que hallamos descritos en varios periódicos extranjeros y que consignamos sin responder de su exactitud y eficacia.

«M. Gruselbach, catedrático de Química en la universidad de Upsal, ha dedicado la mejor parte de su vida al perfeccionamiento de un aparato para helar una persona viviente y mantenerla en un estado de estupor por un año.

A pesar de sus reiterados anuncios, no se ha prestado ninguna persona á someterse á los experimentos de M. Gruselbach, y eso que afirma que no puede ocurrir daño ni detrimento alguno. En vista de esto, el sabio alemán ha presentado una exposición al Gobierno sueco para suplicarle se le ceda un criminal cualquiera condenado á muerte, que facilite la demostración pública de la verdad y eficacia de su extraordinario descubrimiento."

Dentro de poco se habrá quizá olvidado el arte de la escritura. Las máquinas de escribir sustituyen á los mejores pendolistas con grandes ventajas.

Recientemente se ha inventado la máquina Ham-moud. Es un perfeccionamiento de las anteriores. Consta de un teclado, en que cada tecla corresponde á una letra.

Un hombre hábil que domine el aparato puede escribir diez ó doce letras por segundo. La máquina cuesta 500 francos ó menos. La escritura queda con la corrección é igualdad de la letra impresa.

En adelante no será necesario saber escribir. Bastará saber tocar en el teclado de la máquina, y los escritos podrán hacerse con la misma velocidad que la palabra hablada, resultando la escritura una verdadera taquigrafía.

En fecha muy reciente, un estudiante de la universidad de Viena, llamado Herr. Ernest Freund, ha hecho un descubrimiento de práctica facilísima y de gran importancia científica tal vez.

Freund ha comprobado que la coagulación de la sangre poco después de haber salido por las venas, puede evitarse, conservándola en un vaso cuyas paredes hayan sido untadas de aceite puro. Después, sobre la sangre, se derrama otra porción de aceite.

La coagulación de la sangre un cuarto de hora después de la extracción es constantemente un grande obstáculo para las experiencias científicas sobre los microorganismos, y todos los medios imaginados hasta ahora para impedir la coagulación no habían dado resultados, porque alterada la composi-

ción de la sangre, las experiencias hechas con el descubrimiento del estudiante han mostrado, según parece, que el nuevo procedimiento es excelente.

El súbdito inglés J. C. Robinson acaba de publicar una Memoria sobre la visita que hizo poco ha al antiguo serrallo de las sultanías, donde éstas han acumulado sus riquezas y tesoros.

Lo más interesante de su informe lo hallamos en la descripción de la biblioteca, compuesta de unos 3.000 manuscritos. Se dice que entre ellos se hallan de 50 á 60 obras de la biblioteca de Matías Corbi-

vo. Los tomos se conservan cada uno en rico estuche de cuero, y están colocados en estantes verticales, y no horizontales, como era costumbre.

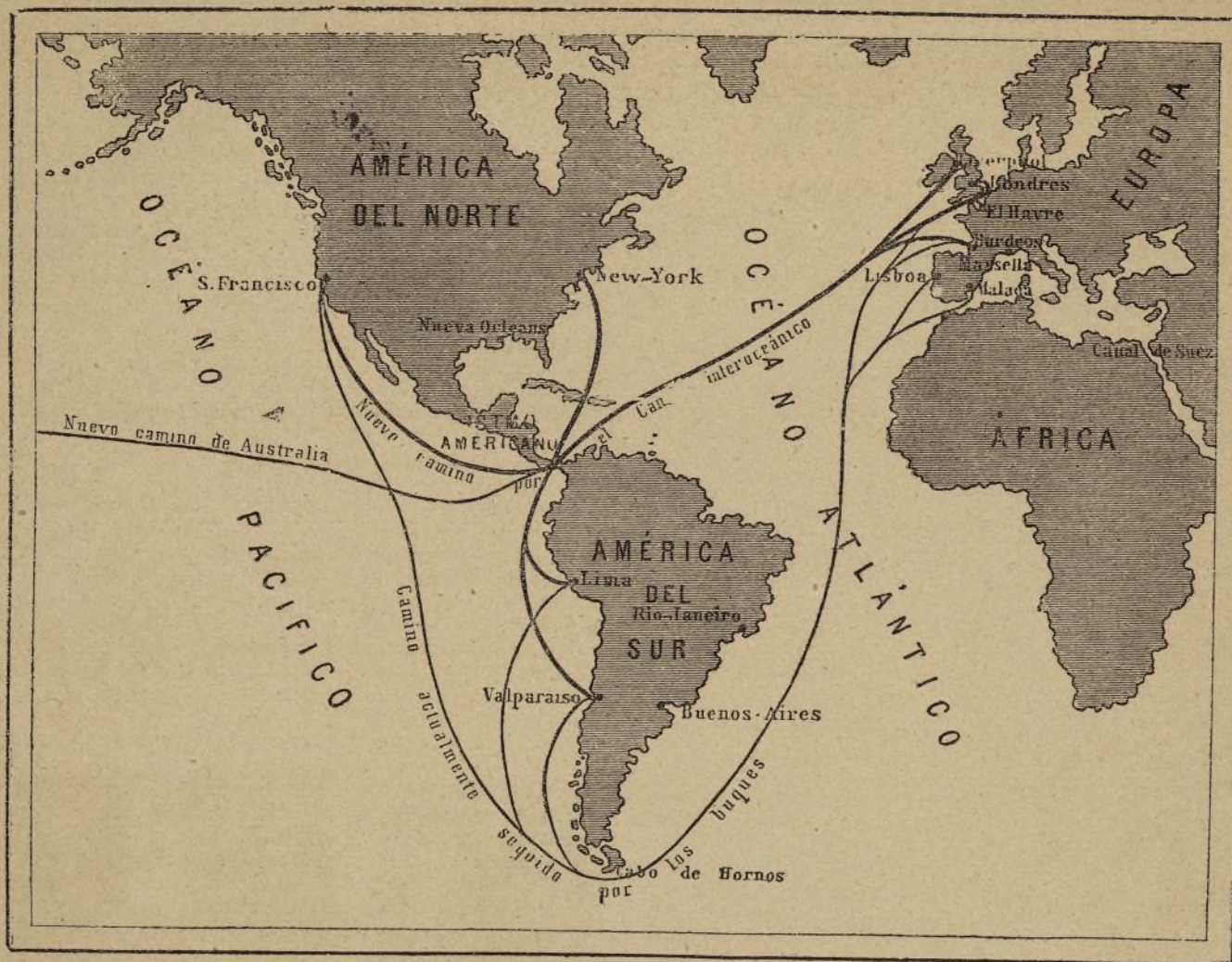
En tiempos del Renacimiento, era la biblioteca de las sultanías la cita ó punto de reunión de todos los humanistas. Los Bembo, los Polibios y los Scaliger creían que aquella contenía una parte importantísima de la biblioteca de los emperadores bizantinos, es decir, la colección inédita de los clásicos griegos y romanos.

Pero nadie ha logrado penetrar allí. Hasta el mismo Luis XIV recibió una negativa á la súplica que

hiciera para penetrar en aquel recinto. Hoy se pretende saber que en aquella biblioteca no se hallan los manuscritos clásicos; pero no puede haber certeza sobre este punto.

La travesía de Nueva York á Liverpool, que siempre costaba diez días de navegación, se ha reducido á seis ó siete de viaje nada más, llegando á verificarse por el vapor inglés *Etruria*, de la línea Cunard, en seis días, cuatro horas y dieciocho minutos.

Cada viaje de este magnífico buque de comercio



MAPA DEMOSTRATIVO DE LAS ABREVIACIONES DEL CANAL DE PANAMÁ.

se viene haciendo en menos de seis días y tres cuartos, de manera que se le calcula una marcha medio regular de 19 millas por hora, sin que en tan largo trayecto haya sufrido el barco ni la máquina avería ni entorpecimiento alguno, después de los diversos viajes que viene realizando.

Parece increíble que pueda excederse á esta velocidad verdaderamente prodigiosa tratándose de viajes marítimos.

Un aficionado á la estadística ha contado todas las notas de la ópera *Traviata* en la parte de tiple. Son las siguientes:

Acto primero: En la introducción, 150; en el brindis, 253; en el vals y dueto, 427, y en el aria 1.039.—Acto segundo: En el dueto, 966; en el duettino, 220; en el final, 238, y en el largo del final, 269.—Acto tercero: En el aria, 564; en el dueto, 702, y en el final, 226.

La Patti dió unas 5.054 notas en Valencia por la cantidad de 15.000 pesetas, de modo que resulta á 2 pesetas 97 céntimos nota.

Enlaza con la anterior estadística la siguiente relativa á la precocidad de algunos músicos famosos:

Lulli, siendo muy niño, tocaba la guitarra de una manera notable, y siendo paje de madamoiselle de Montpensier compuso inspiradísimas melodías.

Handel tocaba el clavicordio á la edad de ocho años en el palacio del duque de Sajonia.

Pergolese contaba trece años cuando ejecutaba en el violín piezas de música, que él mismo componía, y cuyas dificultades les asombraron á los profesores napolitanos.

Haydn compuso á los tres años una misa. Mozart tocaba á los tres años en el clavicordio; á los cuatro ejecutaba trozos difíciles con mucho

gusto, y componía algunos minués; á los seis se hacía aplaudir en Munich y en Viena.

A los ocho años Beethoven era habilísimo en el violín, á los trece compuso tres magníficos cuartetos.

Paganini compuso á los ocho años una sonata.

Meyerbeer, á la edad de cuatro años reproducía en el piano, acompañándose con la mano izquierda, las piezas que tocaban los organillos callejeros.

Por último, Schubert entró con gran éxito y reputación en el Conservatorio de Viena, cuando no tenía más que once años de edad.

ADVERTENCIAS

Rogamos á los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que nos envíen lo antes posible lo que adeudan á esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos á los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vencidas.

Algunos señores suscritores nos piden, como en años anteriores, tapas para la encuadernación de los tomos del periódico. Hemos calculado este asunto, y para que pueda tener cuenta á los suscritores y á la empresa, conviene hacer de una vez lo menos ciento.

Las tapas serán elegantísimas, en tela, con estampaciones en negro y oro, y servirán para uno ó dos tomos. Su coste será 20 reales. A fin

de calcular la tirada que ha de hacerse, pueden los señores suscritores que las deseen hacer los pedidos desde luego, y en su día se les avisará el envío, si, como esperamos, el pedido llega á ciento y pueden fabricarse. Creemos inútil añadir que las tapas serán obra de los talleres de encuadernación del Asilo.



Encomendamos á las oraciones de nuestros suscritores el alma de la Excm. Sra. Doña Carlota Magdalena de Saavedra, que falleció en esta Corte el sábado 6 de Febrero último.

Su esposo el Excmo. Sr. D. Joaquín Saavedra y Bálgora, sus hijos D. Julio, Doña Amalia, D. Alberto, Doña Piedad, D. Alvaro, D. Enrique, don Eduardo, D. José, Doña Consuelo, D. Joaquín, don Carlos y D. Diego, sus hijos políticos Doña Concepción Gaitán de Ayala y D. Leopoldo Méndez Bálgora, sus nietos, sobrinos y parientes, ruegan también á sus amigos que la encomienden á Dios.

R. I. P.

También hacemos igual ruego por el alma de Doña Francisca Zegrí y Abril, que falleció en Granada el día 26 del mismo mes.

R. I. P.